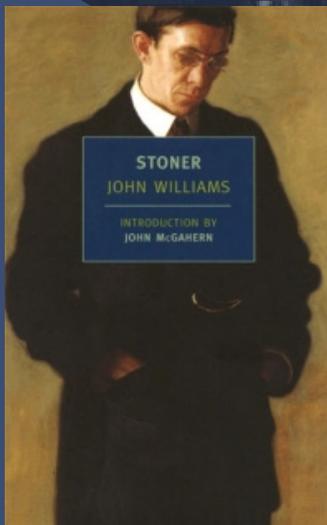




La Escalera
Lugar de lecturas



COMIENZA A LEER...

JOHN

WILLIAMS

1

WILLIAM Stoner entró como estudiante en la Universidad de Missouri en el año 1910, a la edad de diecinueve años. Ocho años más tarde, en pleno auge de la Primera Guerra Mundial, recibió el título de Doctorado en Filosofía y aceptó una plaza de profesor en la misma universidad, donde enseñó hasta su muerte en 1956. Nunca ascendió más allá del grado de profesor asistente y unos pocos estudiantes le recordaban vagamente después de haber ido a sus clases. Cuando murió, sus colegas donaron en su memoria un manuscrito medieval a la biblioteca de la Universidad. Este manuscrito aún puede encontrarse en la Colección de Libros Raros, portando la siguiente inscripción: «Donado a la Biblioteca de la Universidad de Missouri, en memoria de William Stoner, Departamento de Inglés. Por sus colegas».

Un estudiante cualquiera al que le viniera a la cabeza su nombre podría preguntarse tal vez quién fue William Stoner, pero rara vez llevará su curiosidad más allá de la pregunta casual. Los colegas de Stoner, que no le tenían particular estima cuando estaba vivo, ahora raramente hablaban de él; para los más viejos, su nombre era un recordatorio del final que nos espera a todos, y para los más jóvenes es meramente un sonido que no evoca ninguna sensación del pasado ni ninguna identidad con la que ellos pudieran asociarse ni a sí mismos ni a sus carreras.

Nació en 1891 en una pequeña granja en Missouri central cerca del pueblo de Booneville, a unas cuarenta millas de Columbia, la sede de la

Universidad. A pesar de que sus padres eran jóvenes cuando nació —su padre tenía veinticinco, su madre apenas veinte— lo que Stoner pensaba de ellos, incluso cuando era un niño, es que eran viejos. A los treinta su padre aparentaba cincuenta; encorvado por el trabajo, miraba sin esperanza hacia la árida parcela de terreno que sostenía a la familia de año en año. Su madre contemplaba su vida con paciencia, como si fuera un momento largo que tuviera que aguantar. Sus ojos eran pálidos y borrosos y las pequeñas arrugas alrededor de ellos estaban realzadas por un fino pelo canoso y desgastado que le cubría la cabeza y que recogía en un moño por detrás.

Desde la época más temprana que podía recordar, William Stoner tuvo obligaciones. A los seis años ordeñaba las vacas flacas, remojaba los cerdos en la pocilga cercana a unos pocos metros de la casa y recogía los huevecillos de un puñado de gallinas esmirriadas. Incluso cuando empezó a acudir a la escuela rural a trece kilómetros de la granja, sus días, desde antes del amanecer hasta después del ocaso, estaban llenos de trabajos de diverso tipo. A los diecisiete sus hombros habían empezado ya a encorvarse bajo el peso de sus ocupaciones.

Era una casa solitaria ligada a un inevitable trabajo duro en la que él era hijo único. Por las noches los tres se sentaban en la pequeña cocina iluminados por una única lámpara de queroseno, a mirar la llama amarilla: a menudo durante la hora aproximada entre la cena y el momento de acostarse, el único sonido que se oía era el cansado movimiento de un cuerpo sobre una silla rígida y el suave crujir de la madera, cediendo un poco por la edad de la casa.

La casa había sido construida en una ubicación vulgar y los maderos sin pintar se combaban en torno al porche y a las puertas. Con los años había tomado los colores de la tierra seca —gris y marrón, a rayas blancas—. En un lado de la casa había una sala alargada, pobremente amueblada, con sillas sencillas y unas pocas mesas labradas, y una cocina, donde la familia pasaba la mayor parte del poco tiempo que estaban juntos. Al otro lado había dos dormitorios, cada uno amueblado con un somier de hierro esmaltado en blanco, una única silla sencilla y una mesa con una lámpara y una jofaina sobre ella. Los suelos eran de tablones sin pintar, distribuidos

desigualmente y que crujían de viejos, barridos continuamente de arriba a abajo por la madre de Stoner.

En la escuela asistía a las clases que le resultaban menos agotadoras que las de la granja. Cuando terminó la secundaria en la primavera de 1910 esperaba hacerse cargo de más trabajos en los campos; le parecía que su padre era más lento y se mostraba cansado con los años.

Pero una tarde a finales de primavera, después de que los dos hubieran pasado el día entero cosechando maíz, su padre le habló en la cocina, tras recoger los platos de la cena.

«Un representante del condado vino la semana pasada».

William alzó la vista del mantel de cuadros rojos y blancos dispuesto delicadamente sobre la mesa. No habló.

«Dice que tienen una nueva facultad en la Universidad de Columbia. La llaman Facultad de Agricultura. Dice que piensa que deberías ir. Serían cuatro años».

«Cuatro años», dijo William. «¿Cuesta dinero?».

«Podrías procurarte habitación y manutención», dijo su padre. «Tu madre tiene un primo que tiene sitio en las afueras de Columbia. Habrá libros y cosas. Yo te podría enviar dos o tres dólares al mes».

William extendió las manos sobre el mantel, que a la luz de la lámpara tenían un reflejo apagado. Nunca había estado más allá de Booneville, a quince millas. Tragó saliva para tranquilizar la voz.

«¿Piensa que podrán apañarse aquí solos?», preguntó.

«Tu madre y yo nos apañaremos. Plantaré en la parte superior veinte de trigo; eso reducirá el trabajo manual».

William miró a su madre. «¿Mamá?», preguntó.

Ella dijo en un tono neutro: «Haz lo que diga tu padre».

«¿De verdad quieren que me vaya?», preguntó, como si casi esperara una negativa. «¿De verdad quieren que me vaya?».

Su padre se levantó de la silla. Miró sus dedos gruesos, callosos, los surcos en los que la tierra había penetrado tan profundamente que no se podían lavar. Entrelazó los dedos y los levantó de la mesa, en una actitud que parecía de rezo.

«Nunca tuve una educación de la que presumir», dijo, mirándose las manos. «Empecé a trabajar en una granja cuando acabé sexto. Nunca me preocupó la educación cuando era mozo. Pero ahora no sé. Parece que cada año la tierra se seca más y es más difícil de trabajar; no es rica como lo era cuando era niño. El representante del condado dice que tienen nuevas ideas, formas de hacer las cosas que se enseñan en la universidad. Tal vez tenga razón. A veces cuando estoy trabajando en el campo me pongo a pensar». Hizo una pausa. Los dedos se enroscaron sobre sí mismos, y las manos agarradas cayeron sobre la mesa. «Se me ha ocurrido...». Se miraba las manos con el ceño fruncido y movía la cabeza. «Que vayas a la Universidad en otoño. Tu madre y yo nos apañaremos».

Era el discurso más largo que le había escuchado nunca a su padre. Aquel otoño fue a Columbia y se inscribió en el primer curso de la Universidad en la Facultad de Agricultura.

Llegó a Columbia con un traje nuevo de paño negro encargado del catálogo de Sears & Roebuck y pagado con los ahorros de su madre, un abrigo usado que había pertenecido a su padre, un par de pantalones de sarga que una vez al mes llevaba en la iglesia metodista de Booneville, dos camisas blancas, dos mudas de ropa de trabajo y veinticinco dólares en metálico, que su padre había pedido prestados a un vecino a cuenta del trigo del otoño. Comenzó a caminar desde Booneville, donde a primera hora de la mañana su padre y su madre le habían traído en el carro de plataforma tirado por bueyes de la granja.

Era un día cálido de otoño y el camino de Booneville a Columbia estaba polvoriento; anduvo cerca de una hora antes de que un carro de mercancías se detuviera a su lado y el conductor le preguntara si quería que le llevara. Asintió y se subió en el asiento del carro. Sus pantalones de sarga estaban rojos de polvo hasta las rodillas y en su rostro, bronceado por el sol y el viento y cubierto de suciedad, el polvo del camino se había mezclado con su sudor. Durante el largo recorrido estuvo cepillándose los pantalones con torpes ademanes y deslizándose los dedos por su cabello liso y rojizo, que no se le mantenía quieto sobre la cabeza.

Llegaron a Columbia al final de la tarde. El conductor dejó a Stoner a las afueras de la ciudad y le señaló un grupo de edificios a la sombra de altos álamos. «Aquella es tu universidad», dijo. «Allá es donde vas a ir a clase».

Stoner se quedó inmóvil durante algunos minutos después de que el conductor se hubiera marchado, observando el complejo de edificios. Nunca antes había visto algo tan imponente. Los edificios de ladrillo rojo se alzaban sobre un campo verde y despejado, quebrado por muros de piedra y pequeñas extensiones ajardinadas. Más allá de su sobrecogimiento, tenía una repentina sensación de seguridad y serenidad que nunca antes había sentido. A pesar de que era tarde, caminó muchos minutos por los alrededores del campus, sólo mirando, como si no tuviera derecho a entrar.

Casi había oscurecido cuando le preguntó a un transeúnte por Ashland Gravel, la carretera que le conduciría a la granja regentada por Jim Foote, el primo de su madre para quien debería trabajar; y ya había oscurecido cuando llegó a la casa blanca de madera de dos plantas donde iba a vivir. No había visto a los Foote antes y se sentía extraño llegando tan tarde.

Le saludaron con un gesto, examinándole detenidamente. Tras un momento, durante el cual Stoner se quedó vacilante en la puerta, Jim Foote le condujo hacia una pequeña y oscura sala abarrotada de muebles y adornos sobre mesas de apagado brillo. No se sentó.

«¿Cenas?», preguntó Foote.

«No, señor», contestó Stoner.

La señora Foote señaló con el dedo índice y se alejó. Stoner la siguió a través de diversas habitaciones hasta la cocina, donde le conminó a sentarse a la mesa. Puso una jarra de leche y varios trozos de pan de maíz frío ante él. Sorbió la leche, pero su boca, seca por los nervios, era incapaz de tomar el pan.

Foote entró en la sala y se puso junto a su esposa. Era un hombre pequeño, de no más de metro sesenta, de rostro delgado y nariz afilada. Su esposa era unos diez centímetros más alta, y robusta; unas gafas sin montura escondían sus ojos, y sus labios finos estaban apretados. Ambos observaban ávidamente cómo sorbía la leche.

«Da de comer y de beber al ganado, lava a los cerdos por la mañana», dijo Foote velozmente.

Stoner le miró inexpresivamente. «¿Qué?».

«Eso es lo que harás por las mañanas», dijo Foote, «antes de irte a estudiar. Luego a la noche aliméntalos y lávalos otra vez, recoge los huevos, ordeña las vacas. Corta leña cuando encuentres tiempo. Los fines de semana me ayudarás con lo que esté haciendo».

«Sí, señor», dijo Stoner.

Foote le estudió durante un momento. «Universidad», dijo y meneó la cabeza.

Así que, por nueve meses de alojamiento y comida, alimentó y limpió ganado, lavó cerdos, recogió huevos, ordeñó vacas y cortó leña. También aró y abonó campos, cavó alcorques (en invierno atravesando varios centímetros de tierra helada) y batió mantequilla para la señora Foote, que le observaba meneando la cabeza con aprobación mientras la batidora de madera chapoteaba de aquí para allá entre la leche.

Le alojaron en una planta superior que alguna vez había sido un almacén; sus únicos muebles eran un somier de hierro negro de bastidores caídos que sujetaban un delgado colchón de plumas, una mesa rota que sostenía una lámpara de queroseno, una sencilla silla coja y una caja grande que utilizaba como escritorio. Durante el invierno el único calor que obtenía era el que se filtraba a través del suelo proveniente de las habitaciones inferiores; se arropaba con edredones y mantas hechas jirones que le habían dado y se soplabla las manos para así poder pasar las páginas de los libros sin arrancarlas.

Hacía su trabajo en la universidad igual que lo hacía en la granja — rigurosamente, a conciencia, sin placer ni angustia—. Al final del primer año sus calificaciones promediaban algo menos del notable. Estaba contento de que no fueran más bajas y no le preocupaba que no fueran más altas. Era consciente de que había aprendido cosas que no sabía antes, pero eso sólo significaba para él que el segundo año lo tenía que hacer tan bien como lo había hecho el primero.

El verano posterior a su primer curso de universidad volvió a la granja de su padre y le ayudó con la cosecha. Una vez su padre le preguntó si le

gustaba estudiar y él contestó que estaba bien. Su padre asintió y no mencionó más el asunto.

No fue hasta el regreso de su segundo año que William Stoner supo para qué había ido a la Universidad.

En el segundo curso era ya una figura familiar en el campus. Cada temporada vestía con el mismo traje de paño negro, camisa blanca y corbata de lazo. Las muñecas le sobresalían de las mangas de la chaqueta y llevaba los pantalones montados sobre las piernas, como si fuese un uniforme que hubiera pertenecido alguna vez a otra persona.

Las horas de trabajo se incrementaban al mismo tiempo que la creciente indolencia de sus patronos y pasaba las largas tardes en su habitación haciendo los deberes metódicamente. Había empezado la secuencia que le llevaría a ser Licenciado en Ciencias por la Facultad de Agricultura y durante el primer semestre de su segundo año cursó ciencias básicas, una asignatura de la escuela de Agricultura en química de suelos y otra asignatura, bastante informal, requerida para todos los estudiantes universitarios: un semestre de estudio de literatura inglesa.

Tras las primeras semanas tenía pocas dificultades con las asignaturas de ciencias. Había tanto trabajo que hacer, tantas cosas que recordar. La asignatura de química de suelos atrajo su interés en general. No se le había ocurrido que los terrones parduscos en los que había trabajado toda su vida no fuesen otra cosa que lo que parecían ser y, vagamente, empezó a ver que su creciente conocimiento sobre ellos podría ser útil cuando regresara a la granja de su padre. Pero el imprescindible estudio de literatura inglesa le preocupaba y le inquietaba como ninguna otra cosa lo había hecho antes.

El profesor era un hombre de mediana edad, de cincuenta y pocos, se llamaba Archer Sloane y acudía a su tarea de enseñar con aparente desdén y apatía, como si percibiera que entre su conocimiento y lo que podía decir hubiera un abismo tan profundo que no merecía la pena hacer ningún esfuerzo para cruzarlo. Era temido y aborrecido por la mayoría de sus alumnos y él respondía con una sonrisa distante e irónica. Era un hombre de estatura media, de rostro largo, con arrugas profundas, pulcramente afeitado, repetía el gesto impaciente de pasarse los dedos por su mata de

pelo gris rizado. Su voz era plana y seca y salía a través de unos labios apenas móviles, sin expresión ni entonación, pero sus largos dedos delgados se movían con gracia y persuasión, como si le dieran a las palabras la forma que su voz no podía.

Lejos de clase, cumpliendo con sus quehaceres en la granja o parpadeando bajo la tenue lámpara mientras estudiaba en su ático sin ventanas, Stoner era consciente, en ocasiones, de que la imagen de aquel hombre se había alzado ante el ojo de su mente. Tenía dificultades para evocar el rostro de cualquier otro de sus profesores o para recordar nada demasiado específico sobre cualquier otra de sus clases, pero siempre, en el umbral de su conciencia, aguardaba la figura de Archer Sloane y su voz seca y sus palabras despectivamente bruscas sobre algún pasaje de *Beowulf* o de algún pareado de Chaucer.

Sentía que no podría sobrellevar el estudio como lo hacía en sus otras asignaturas. A pesar de que recordaba a los autores y sus obras, sus fechas y sus influencias, casi suspende el primer examen; y lo hizo poco mejor en el segundo. Leía y releía sus apuntes de literatura con tanta frecuencia que su trabajo en otras asignaturas empezó a resentirse y, con todo, las palabras que leía eran sólo palabras en páginas y no podía ver la utilidad de lo que hacía.

Meditaba las palabras que Archer Sloane decía en clase, como si más allá de su significado plano y árido pudiera descubrir una pista que le llevara donde se suponía que iba. Se inclinaba sobre el escritorio ocupando una silla demasiado pequeña para estar a gusto, aferrándose a los bordes del apoyabrazos tan fuertemente que los nudillos se le quedaban blancos en comparación con su piel morena y dura, fruncía el ceño atentamente y se mordía el labio inferior. Pero mientras Stoner y sus compañeros redoblaban desesperadamente su atención, el desprecio de Archer Sloane se hacía más intenso. Y una vez que aquel desprecio estalló en ira, ésta fue dirigida únicamente contra William Stoner.

La clase había leído dos obras de Shakespeare y estaba acabando la semana con un estudio de sus sonetos. Los alumnos estaban tensos y confusos, medio asustados por la tensión que crecía entre ellos mismos y la encorvada figura que los observaba desde detrás del atril. Sloane les había

leído en voz alta el soneto setenta y tres; sus ojos vagaban por la sala y sus labios se comprimían en una sonrisa sin humor.

«¿Qué quiere decir el soneto?», preguntó abruptamente e hizo una pausa. Sus ojos registraron la sala con una impotencia severa y poco menos que satisfecha. «¿Señor Wilbur?». No hubo respuesta. «¿Señor Schmidt?». Alguien tosió. Sloane dirigió sus brillantes ojos oscuros hacia Stoner. «Señor Stoner, ¿qué quiere decir el soneto?».

Stoner tragó y trató de abrir la boca.

«Es un soneto, señor Stoner», dijo Sloane con sequedad, «una composición poética de catorce versos, que sigue ciertas pautas que estoy seguro habrá usted memorizado. Está escrito en lengua inglesa, la cual, según creo, llevará usted varios años hablando. Su autor es William Shakespeare, un poeta que está muerto, pero que a pesar de ello ocupa una posición de cierta importancia en las mentes de algunos». Miró a Stoner durante un momento más y entonces se le pusieron los ojos en blanco, mientras los fijaba ciegamente en algún lugar más allá de la clase. Sin mirar el libro recitó el poema de nuevo y su voz se hizo más profunda y suave, como si las palabras, sonidos y ritmos se hubieran convertido por un instante en él mismo:

*En aquella época del año puedes contemplar en mí,
cuando las hojas amarillas, ninguna ya o algunas, cuelgan
de esas ramas que se agitan frente al frío,
desnudos coros ruinosos en los que tarde cantaban dulces pájaros.
En mí ves el ocaso de aquel día
después de que la puesta de sol se funda en poniente;
por la negra noche arrebatada,
la otra cara de la Muerte, que condena al descanso.
En mí ves el resplandor de aquel fuego,
el que sobre las cenizas de su juventud yace,
como el lecho de muerte en que ha de expirar,
consumido por aquello que le alimentaba.
Esto percibes, lo que hace tu amor más fuerte,
amar bien aquello que debes abandonar pronto.*

En aquel momento de silencio alguien se aclaró la garganta. Sloane repitió los versos, su voz se hizo plana, volvía a ser su voz.

*Esto percibes, lo que hace tu amor más fuerte,
amar bien aquello que debes abandonar pronto.*

Los ojos de Sloane regresaron a William Stoner y dijo secamente: «El señor Shakespeare le habla a través de trescientos años señor Stoner, ¿le escucha?».

William Stoner se dio cuenta de que por unos instantes había estado conteniendo el aliento. Lo expulsó suavemente, siendo entonces consciente de la ropa moviéndosele sobre el cuerpo mientras el aliento le salía de los pulmones. Desvió la vista de Sloane hacia otro punto de la sala. La luz penetraba por las ventanas y se posaba sobre los rostros de sus compañeros de manera que la iluminación parecía venir de dentro de ellos mismos para salir hacia la oscuridad; un alumno pestañeó y una sombra delgada cayó sobre una mejilla cuya parte inferior había recogido la luz del sol. Stoner advirtió que sus dedos se estaban soltando de su firme agarre al escritorio. Volteó las manos frente a sus ojos, maravillándose de lo morenas que estaban, de la intrincada manera en que las uñas se adaptaban al romo final de los dedos. Pensó que podía sentir la sangre fluir invisible a través de sus diminutas venas y arterias, pulsando delicada y precariamente desde las yemas de los dedos a través de su cuerpo.

Sloane volvió a hablar: «¿Qué le comunica, señor Stoner? ¿Qué quiere decir el soneto?».

Los ojos de Stoner se elevaron lentamente y sin convicción. «Quiere decir», dijo, y con un pequeño movimiento elevó las manos en el aire. Sentía su mirada ausente mientras buscaba la figura de Archer Sloane. «Quiere decir», dijo de nuevo, y no pudo terminar lo que había empezado.

Sloane le miró con curiosidad. Después movió la cabeza bruscamente y dijo: «La clase ha terminado». Sin mirar a nadie se dio media vuelta y salió del aula.

William Stoner era apenas consciente de los alumnos de su alrededor que se levantaban gruñendo y refunfuñando de sus asientos y salían

renqueando de clase. Durante algunos minutos después de que se hubieran ido permaneció sentado sin moverse, absorto en el suelo de estrechos tablones que habían ido perdiendo barniz a causa de las incesantes pisadas de estudiantes que nunca vería ni conocería. Deslizó su propio pie por el suelo, escuchando el seco chirrido de la madera en sus suelas y sintiendo la aspereza a través del cuero. Después él también se levantó y salió despacio de la clase.

El leve frescor de últimos de otoño penetraba por su ropa. Miró a su alrededor, a las desnudas ramas nudosas que se rizaban y retorcían frente al cielo despejado. Topaban con él estudiantes corriendo hacia sus clases; oía el murmullo de sus voces y el sonido de sus tacones contra los caminos empedrados, y veía sus rostros encendidos por el frío, inclinados frente a la suave brisa. Les miraba con curiosidad, como si no les hubiera visto antes y se sentía muy distante y muy cerca de ellos. Retuvo el sentimiento para sí mientras se apresuraba hacia su siguiente clase, y lo retuvo durante la lección de su profesor de química de suelos, contra el zumbido que dictaba cosas para ser escritas en cuadernos y recordadas mediante un arduo proceso que ni siquiera ahora le resultaba familiar.

En el segundo semestre de aquel curso William Stoner abandonó las asignaturas de ciencias e interrumpió sus estudios en la Facultad de Agricultura. Asistió a cursos de introducción a la filosofía y a la historia antigua y a dos asignaturas de literatura inglesa. En verano regresó de nuevo a la granja de sus padres, ayudó a su padre con la cosecha y no mencionó su trabajo en la universidad.

Siendo mucho mayor habría de mirar hacia sus dos últimos años de estudio como si fuese un tiempo irreal que perteneciera a otra persona, un tiempo que hubiese transcurrido no al paso normal al que estaba acostumbrado sino a trompicones. Un instante se yuxtaponía a otro, o bien se aislaba de él, y tenía la sensación de que había sido extirpado del tiempo y lo observaba pasar ante él como una gran maqueta girada desigualmente.

Tomó conciencia de sí mismo como nunca antes. A veces se miraba en el espejo, la cara alargada con mechones de cabello castaño, y se palpaba los pómulos afilados. Veía entonces las delgadas muñecas que le asomaban

unos centímetros por las mangas de su chaqueta y se preguntaba si parecería tan ridículo ante los otros como lo parecía ante sí mismo.

No tenía planes de futuro y no hablaba con nadie de esta incertidumbre. Continuaba trabajando donde los Foote para pagar su alojamiento y manutención pero ya no trabajaba tantas horas como durante los dos primeros años de universidad. Durante tres horas cada tarde y medio día los fines de semana permitía que Jim y Serena Foote le utilizaran a su antojo; el resto del tiempo lo reivindicaba como propio.

Parte de ese tiempo lo pasaba en su pequeño ático sobre la casa de los Foote. Pero tan a menudo como podía, cuando acababa las clases y terminaba el trabajo para los Foote, regresaba a la universidad. A veces, por las tardes, merodeaba por la gran plaza abierta, entre parejas que paseaban juntas y charlaban en voz queda. Aunque no conociera a ninguna ni les hablara, sentía un lazo con ellas. A veces se plantaba en medio de la plaza, mirando hacia las cinco enormes columnas de enfrente del edificio Jesse Hall que se elevaban hacia la noche lejos del fresco césped, había aprendido que aquellas columnas eran restos del edificio principal de la universidad original, destruido hacía muchos años por el fuego. Plata grisácea a la luz de la Luna, desnuda y pura, le parecían representar el estilo de vida que había adoptado, igual que un templo representa un dios.

En la biblioteca de la universidad se demoraba por los pasillos, entre los miles de libros, inhalando el olor rancio del cuero, la tela y las páginas secas como si fuese un incienso exótico. A veces se paraba, tomaba un volumen del estante y lo sostenía durante un momento entre sus grandes manos que le hormigueaban al contacto especial con el lomo y las manejables páginas. Luego hojeaba el libro, leyendo párrafos aquí y allá, pasando las páginas delicadamente con sus rígidos dedos, como si su torpeza pudiera arrancar y destruir lo que había supuesto tanto esfuerzo descubrir.

No tenía amigos, y por primera vez en su vida era consciente de su soledad. A veces, en su ático, por las noches, levantaba la vista del libro que estuviera leyendo y miraba la oscuridad de las esquinas de su cuarto, donde la lámpara parpadeaba contra las sombras. Si observaba larga e intensamente la oscuridad se convertía en una luz que adquiriría la forma

insustancial de lo que había estado leyendo. Y se sentía fuera del tiempo, como se había sentido aquel día en clase cuando Archer Sloane le había hablado. El pasado se aparecía desde la oscuridad en la que permanecía y los muertos volvían a la vida ante él, así el pasado y los muertos fluían hacia el presente entre los vivos, de manera que, por un instante, tenía una visión de densidad en la que se compactaba y de la que no podía escapar, de la que tampoco sentía ningún deseo de escapar. Tristán e Isolda la Justa, desfilaban ante él; Paolo y Francesca giraban en la ardiente oscuridad; Helena y el deslumbrante Paris, con la amargura en sus rostros por las consecuencias de sus actos, surgían de la penumbra. Y estaba con ellos de un modo en el que nunca podía estar con sus compañeros que iban de clase en clase, con quienes compartía techo en una gran universidad en Columbia, Missouri, y que caminaban despreocupados al viento del medio oeste.

En un año aprendió griego y latín lo suficientemente bien como para leer textos sencillos. A veces se le enrojecían los ojos y le ardían por la tensión y la falta de sueño. De vez en cuando pensaba en él mismo y en cómo era hacía unos años y se quedaba atónito por el recuerdo de aquella extraña figura, parda y pasiva como la tierra de la que él había emergido. Pensaba en sus padres y le eran casi tan extraños como el chico que habían criado. Sentía por ellos una mezcla de piedad y amor distante.

Casi a la mitad de su cuarto año en la universidad, Archer Sloane le paró un día después de la clase y le pidió que acudiera a su despacho para charlar.

Era invierno y una niebla baja y húmeda flotaba en el campus. Incluso a media mañana las finas ramas de los cornejos brillaban por la escarcha y las parras negras que trepaban por las grandes columnas de enfrente del Jesse Hall aparecían moteadas de cristales iridiscentes que parpadeaban en la espesura. El abrigo de Stoner estaba tan raído y gastado que había decidido no ponérselo para ver a Sloane, a pesar del clima gélido. Tiritaba mientras se apresuraba por el camino y ascendía por los anchos escalones de piedra que le conducían al Jesse Hall.

Después del frío, el calor dentro del edificio era intenso. La espesura de fuera se escurría a través de las ventanas y puertas de cristal de cada lado

del recibidor, de manera que las baldosas amarillas resplandecían brillantes como la luz y las grandes columnas de madera de roble y las paredes lisas también brillaban en la oscuridad. Resonaban pasos arrastrados contra el suelo y el murmullo de voces se ahogaba en la inmensidad de la sala, figuras borrosas se movían lentamente, mezclándose y separándose y el aire opresivo fundía el olor de las paredes barnizadas con el húmedo aroma de los tejidos de lana. Stoner ascendió por las escaleras de mármol pulido hacia el despacho de Archer Sloane en la segunda planta. Llamó en la puerta cerrada, oyó una voz y entró.

El despacho era largo y estrecho, iluminado por una sola ventana al fondo. Estantes llenos de libros ascendían hasta el alto techo. Cerca de la ventana se encajaba un escritorio y ante este escritorio, medio girado y orientado ligeramente hacia la luz, se sentaba Archer Sloane.

«Señor Stoner», dijo Sloane secamente, medio levantándose e indicando una silla forrada de cuero frente a él. Stoner se sentó.

«He estado mirando su expediente». Sloane hizo una pausa y levantó una carpeta del escritorio, observándola con distante ironía. «Espero que no le importe mi curiosidad».

Stoner se humedeció los labios y cambió de postura en la silla. Intentó juntar sus grandes manos para que fueran invisibles. «No, señor», dijo con voz ronca.

Sloane asintió. «Bien. Me he fijado en que usted empezó sus estudios aquí como estudiante de agricultura y que en algún momento durante el segundo año se cambió a la carrera de literatura. ¿Es correcto?».

«Sí, señor», dijo Stoner.

Sloane se reclinó sobre la silla y levantó la vista hacia el cuadrado de luz que provenía de la alta ventana. Tamborileó con las yemas de los dedos unidas y se giró hacia el joven sentado rígido frente a él.

«El propósito oficial de esta entrevista es informarle de que deberá realizar un cambio formal de plan de estudios, declarando su intención de abandonar su carrera inicial y declarar la final. Es una cuestión de cinco minutos más o menos en la ventanilla de registro. Se hace usted cargo, ¿verdad?».

«Sí, señor», dijo Stoner.

«Pero como habrá adivinado ésta no es la razón por la que le he pedido que se acercara por aquí. ¿Le importa que le pregunte un poco acerca de sus planes de futuro?».

«No, señor», dijo Stoner. Se miró las manos, que estaban retorcidas y crispadas.

Sloane tocó la carpeta de papeles que había dejado sobre el escritorio. «Veo que era usted algo mayor que la mayoría de estudiantes cuando comenzó sus estudios universitarios. Casi veinte años, ¿cierto?».

«Sí, señor», dijo Stoner.

«¿Y en aquel momento su plan era graduarse en la facultad de agricultura?».

«Sí, señor».

Sloane se reclinó en la silla y observó el alto y oscuro techo. Preguntó abruptamente: «¿Y cuáles son sus planes ahora?».

Stoner calló. Esto era algo en lo que no había pensado y sobre lo que no quería pensar. Finalmente dijo, con un dejo de resentimiento: «No lo sé, no lo he pensado mucho».

Sloane dijo: «¿Anhela que llegue el día en el que emerja usted de las paredes de estos claustros hacia lo que algunos llaman el mundo?».

Stoner sonrió abochornado. «No, señor».

Sloane dio unos golpecitos sobre los papeles de su escritorio. «Su expediente me ha informado de que proviene usted de una comunidad granjera. ¿He de entender que sus padres son granjeros?».

Stoner asintió.

«¿Y pretende regresar a la granja una vez se haya licenciado aquí?».

«No, señor», dijo Stoner, y la determinación de su voz le sorprendió. Pensó con cierto asombro en la decisión que había tomado de repente.

Sloane asintió. «Imagino que un aplicado alumno de literatura comprende que sus habilidades no son precisamente las más apropiadas para domeñar la tierra».

«No volveré», dijo Stoner como si Sloane no hubiese hablado. «No sé lo que haré exactamente». Se miraba las manos mientras decía: «No me hago a la idea de que acabaré tan pronto, de que dejaré la universidad a final de curso».

Sloane dijo con indiferencia: «No hay, por supuesto, ninguna obligación absoluta de que se marche. ¿He de entender que no es económicamente independiente?».

Stoner sacudió la cabeza.

«Tiene usted unas notas excelentes. Excepto por su...», arqueó las cejas y sonrió, «excepto por su asignatura de segundo de literatura inglesa, tiene sobresalientes en todas sus asignaturas de inglés, nada por debajo del notable en lo demás. Si pudiera mantenerse un año más o menos después de la graduación, podría, estoy seguro, terminar con éxito su trabajo de doctorado en artes, tras lo cual podría tal vez dar clase mientras trabaja en su doctorado. Si es que esto le interesa algo».

Stoner se echó hacia atrás. «¿Qué quiere decir?», le preguntó y escuchó algo parecido al miedo en su voz.

Sloane se inclinó hacia delante hasta que su cara estuvo cerca; Stoner veía las líneas de su largo y delgado rostro suavizadas, y oía la voz seca y burlona volverse amable y desprotegida.

«¿Pero no lo sabe, señor Stoner?», preguntó Sloane. «¿Aún no se comprende a sí mismo? Usted va a ser profesor».

De repente Sloane parecía muy distante y los muros del despacho se alejaron. Stoner se sentía suspendido en el aire y oyó su voz preguntar: «¿Está seguro?».

«Estoy seguro», dijo Sloane suavemente.

«¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede estar seguro?».

«Es amor, señor Stoner», dijo Sloane jovial. «Usted está enamorado. Así de sencillo».

Era así de sencillo. Se daba cuenta de que asentía a Sloane y dijo algo inconsecuente. Luego salió del despacho. Tenía un hormigueo en los labios y sentía las yemas de los dedos dormidas, caminaba como si estuviera dormido, aunque era plenamente consciente de lo que le rodeaba. Se rozó con las paredes pulidas de madera del pasillo y pensó que podía sentir la calidez y la edad de la madera. Descendió lentamente las escaleras maravillándose del frío mármol veteado que parecía resbalar bajo sus pies. En las clases las voces de los alumnos se percibían distintas e individuales entre el apagado rumor y sus rostros eran cercanos, extraños y familiares.

Salió del Jesse Hall a la luz de la mañana, la oscuridad no parecía ya oprimir el campus. Apuntó con la mirada afuera y arriba en el cielo, hacia una posibilidad para la que no tenía nombre.

En la primera semana de junio del año 1914, William Stoner, junto a otros sesenta chicos y unas pocas chicas, recibió su licenciatura en artes por la Universidad de Missouri.

Para asistir a la ceremonia, sus padres —sobre una calesa prestada arrastrada por su mula parda— habían partido el día anterior, conduciendo de noche las cuarenta y tantas millas desde la granja, para llegar donde los Foote poco después del alba, agarrotados por el insomne viaje. Stoner bajó al porche a recibirlos. Ellos se quedaron juntos bajo la fresca luz de la mañana y esperaron a que se acercara.

Stoner dio la mano a su padre en un único gesto rápido de afecto, sin mirarse.

«¿Qué tal?», dijo su padre.

Su madre asintió. «Tu padre y yo venimos a ver tu graduación».

Permaneció un momento callado. Luego dijo: «Lo mejor es que entréis a desayunar algo».

Estaban solos en la cocina. Desde que Stoner había llegado a la granja los Foote se habían habituado a levantarse tarde. Pero ni entonces ni después de que sus padres terminasen el desayuno se atrevió a contarles su cambio de planes, su decisión de no volver a la granja. Una o dos veces había empezado a hablar; luego había reparado en los rostros bronceados que surgían desnudos de sus ropas nuevas y pensaba en el largo viaje que habían hecho y en los años que habían aguardado su regreso. Permaneció inmóvil junto a ellos hasta que se bebieron el último sorbo de café, hasta que los Foote se levantaron y entraron en la cocina. A continuación les dijo que tenía que ir más temprano a la universidad y que ya les vería más tarde, en la graduación.

Caminaba por el campus con la toga negra y el birrete que había alquilado. Le resultaba pesado y molesto, pero no encontraba ningún lugar donde dejarlo. Pensaba en lo que les diría a sus padres, por primera vez se daba cuenta de lo irreversible de su decisión y casi deseaba poder

cancelarla. Percibía su limitación para la meta que tan imprudentemente había elegido y sentía cierta atracción hacia el mundo que había abandonado. Se lamentaba por su propia pérdida y por la de sus padres e incluso, dolorosamente, sentía que se alejaba de ellos.

Este sentimiento de pérdida le acompañó durante la graduación, cuando pronunciaron su nombre y caminó por el estrado para recibir el título de manos de un hombre sin rostro tras una delicada barba gris. No podía creerse su propia presencia y el pergamino enrollado que llevaba en la mano no significaba nada. Sólo podía pensar en su madre y en su padre, sentados tensos e inquietos entre el numeroso público.

Cuando terminó la ceremonia regresó con ellos a casa de los Foote, donde pasarían la noche para, al amanecer del día siguiente, emprender el viaje de vuelta.

Se sentaron hasta tarde en la sala. Jim y Serena Foote se quedaron un rato con ellos. De vez en cuando Jim y la madre de Stoner intercambiaban el nombre de algún familiar y después permanecían en silencio. Su padre se sentó en una silla, con las piernas abiertas, un poco inclinado hacia delante, apretándose con sus anchas manos las rótulas. Por fin los Foote se miraron, bostezaron y comentaron lo tarde que era. Se fueron a su dormitorio y se quedaron los tres solos.

Hubo otro silencio. Sus padres, que miraban de frente hacia las sombras de sus propios cuerpos, de vez en cuando miraban a su hijo de soslayo, como si no quisieran molestarle en su nuevo estado.

Tras varios minutos, William Stoner se inclinó hacia delante y habló, con una voz más alta y fuerte de lo que habría pretendido. «Tenía que habérselo contado antes. Tenía que habérselo contado el verano pasado, o esta mañana».

Los rostros de sus padres permanecían apagados e inexpresivos a la luz de la lámpara.

«Lo que intento decir es que no vuelvo con ustedes a la granja».

Nadie se movió. Su padre dijo: «Si tienes cosas que terminar aquí nosotros nos vamos por la mañana y tú puedes venir a casa en unos días».

Stoner se frotó la cara con la palma abierta. «Eso... no es lo que quiero decir. Intento decirles que no volveré a la granja nunca».

Las manos de su padre se tensaron aún más sobre sus rótulas y se reclinó en la silla. Dijo: «¿Te has metido en algún problema?».

Stoner sonrió. «No es nada de eso. Voy a asistir a clases otro año, tal vez dos o tres».

Su padre meneó la cabeza. «He visto que has terminado esta tarde. Y el representante del condado dijo que las clases de granjero duraban cuatro años».

Stoner trató de explicar a su padre sus intenciones, intentó trasladarle sus sentimientos y propósitos. Escuchaba sus palabras como si salieran de la boca de otro y observaba el rostro de su padre, que recibía aquellas palabras como si una roca recibiera repetidos puñetazos. Cuando hubo terminado se sentó con las manos enlazadas entre las rodillas y la cabeza arqueada. Escuchó el silencio de la habitación.

Por fin su padre se removió en la silla. Stoner levantó la vista. Se enfrentó a los rostros de sus padres. Casi rompió a llorar.

«No sé», dijo su padre. Su voz sonaba ronca y cansada. «No me imaginaba que esto iba a tomar este rumbo. Pensaba que hacía lo mejor para ti enviándote aquí. Tu madre y yo hemos hecho siempre lo mejor que hemos podido por ti».

«Lo sé», dijo Stoner. No pudo mirarlos más. «¿Estarán bien? Podría volver un tiempo este verano y ayudar. Podría...».

«Si piensas que debes quedarte aquí y estudiar esos libros, entonces eso es lo que debes hacer. Tu madre y yo podemos apañarnos».

Su madre estaba frente a él, pero no le veía. Sus ojos estaban cerrados, comprimidos. Respiraba afanosamente, con la cara vuelta, como dolida, y apretaba los puños cerrados contra sus mejillas. Stoner se percató con asombro de que estaba sollozando, profundamente y en silencio, con la pena y la extrañeza de quien rara vez llora. La observó unos instantes más. A continuación se puso pesadamente en pie y salió de la habitación. Siguió el camino por las estrechas escaleras que conducían a su ático, permaneció tumbado durante largo tiempo, observando con los ojos abiertos la oscuridad sobre él.

2

DOS semanas después de que Stoner recibiera su licenciatura en Artes, el archiduque Francisco Fernando fue asesinado en Sarajevo por un nacionalista serbio y antes del otoño la guerra se extendió por toda Europa. Era un tema de continuo interés entre los alumnos más veteranos, los cuáles se preguntaban por el papel que finalmente tendrían los Estados Unidos y sentían una placentera desazón acerca de sus propios futuros.

Pero ante William Stoner el futuro era brillante, cierto e inalterable. Lo veía, no como un flujo de eventos, cambio y potencialidad, sino como un territorio que se extendía ante él a la espera de ser explorado. Lo comparaba con la gran biblioteca de la universidad, a la que podían adosarse nuevas galerías, añadirse libros nuevos y retirarse los viejos, sin que su genuina naturaleza se alterase nunca en lo esencial. Veía su futuro en la institución con la que se había comprometido y a la que tan imperfectamente había comprendido. No se concebía a sí mismo cambiando en ese futuro, pero veía el futuro mismo como el instrumento de ese cambio más que como su objeto.

Casi al final de aquel verano, justo antes del comienzo del semestre de otoño, visitó a sus padres. Su intención era ayudar en la cosecha de verano, pero se encontró con que su padre había contratado a un ayudante negro que trabajaba con una intensidad tranquila, feroz, llevando a cabo él solo en un día casi tanta labor como la que desarrollaban William y su padre juntos en el mismo espacio de tiempo. Sus padres se alegraban de verle y no parecían arrepentidos de su decisión. Pero no se le ocurría nada que decirles, ya se

había percatado, sus padres y él habían comenzado a ser extraños y se dio cuenta de que su amor por ellos crecía con la pérdida. Regresó a Columbia una semana antes de lo que tenía previsto.

Empezó a irritarle el tiempo que tenía que invertir trabajando en la granja de los Foote. Habiendo accedido tarde a los estudios, sentía ahora urgencia por estudiar. A veces, inmerso en sus libros, le venía a la cabeza la conciencia de todo lo que no sabía, de todo lo que no había leído y la serenidad con la que trabajaba se hacía trizas cuando caía en la cuenta del poco tiempo que tenía en la vida para leer tantas cosas, para aprender todo lo que tenía que saber.

Acabó su curso de doctorado en Artes en la primavera de 1915 y empleó el verano en completar su tesis, un estudio prosódico de uno de los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer. Antes de que terminara el verano los Foote le dijeron que ya no le necesitarían más en la granja.

Esperaba su despido y en cierta manera lo agradecía pero, por un instante, después de que se produjese, sintió una punzada de pánico. Era como si se hubiese cortado el último lazo entre el viejo mundo y él. Permaneció las últimas tres semanas de verano en la granja de su padre, dando los últimos retoques a su tesis. Por entonces Archer Sloane había conseguido que impartiera dos clases de inglés inicial para alumnos nuevos, mientras empezaba a trabajar en su doctorado. Por ello recibiría cuatrocientos dólares al año. Se llevó sus pertenencias del pequeño ático de la casa de los Foote que había ocupado durante cinco años y se instaló en una habitación aún más pequeña cerca de la universidad.

A pesar de que sólo iba a enseñar fundamentos de gramática y composición a un grupo poco selecto de alumnos, aguardaba la tarea con entusiasmo, apreciando profundamente lo que representaba. Programó el curso la semana antes del comienzo del semestre de otoño, valorando las posibilidades que había mientras luchaba con los materiales y temas de esta empresa pero sentía la lógica de la gramática y pensaba que percibía cómo le salía de adentro, calando el lenguaje y respaldando el pensamiento humano. En los simples ejercicios de composición que preparó para sus alumnos advertía las potencialidades de la prosa y sus bellezas y ansiaba animar a sus alumnos en la medida de su entusiasmo.

Pero en la primera clase que tuvo, después de las rutinas iniciales de inscripciones y planes de estudios, cuando empezó a hablar sobre su asignatura a los alumnos, se dio cuenta de que su deslumbramiento se le había quedado escondido dentro. A veces, cuando hablaba a sus alumnos, era como si estuviera fuera de sí mismo y observase a un extraño hablar a un grupo reunido contra su voluntad, escuchaba su propia voz desmotivada recitando los materiales que había preparado y nada de su entusiasmo aparecía durante la charla.

Se encontraba libre y realizado en las clases en las que él era el alumno. En ellas era capaz de recapturar el sentido de descubrimiento que tuvo aquel primer día en el que Archer Sloane le había hablado en clase y él se había convertido, por un instante, en alguien diferente al que había sido. Mientras su mente se entretenía con su asignatura, mientras lidiaba contra el poder de la literatura que había estudiado e intentaba entender su naturaleza, era consciente del cambio constante en su interior y, mientras era consciente de ello, salía de sí mismo y entraba en el mundo que le contenía, de manera que sabía que el poema de Milton que había leído o el ensayo de Bacon o el drama de Ben Jonson cambiaban el mundo del que eran sujetos, y lo cambiaban por su dependencia de él. Casi no hablaba en clase y sus notas rara vez le satisfacían. Como sus clases para los jóvenes alumnos, que no traicionaban sus profundos conocimientos.

Empezó a tratar con familiaridad a algunos de sus compañeros estudiantes que también daban clases para el departamento. Entre ellos hubo dos con los que entabló amistad, David Masters y Gordon Finch.

Masters era un joven algo oscuro de lengua afilada y ojos amables. Como Stoner, acababa de empezar su curso de doctorado a pesar de ser un año o así más joven que él. En la facultad y entre los estudiantes graduados tenía fama de arrogante e impertinente, y estaba extendida la idea de que tendría problemas para titularse. Stoner pensaba que era el hombre más brillante que había conocido y se refería a él sin envidia ni resentimiento.

Gordon Finch era grande y rubio y, ya a la edad de veintitrés años, estaba empezando a engordar. Había estudiado un curso universitario en un instituto comercial de San Luis y en la universidad había tocado varios palos en estudios avanzados en los departamentos de economía, historia e

ingeniería. Había comenzado a trabajar en su licenciatura sobre literatura gracias a que había sido capaz, en el último minuto, de obtener un pequeño trabajo dando clases para el departamento de inglés. Enseguida demostró ser el estudiante menos brillante del departamento. Pero era popular entre los alumnos nuevos y se llevaba bien con los miembros veteranos de la facultad así como con los funcionarios de la administración.

Los tres —Stoner, Masters y Finch— adoptaron la costumbre de quedar los viernes por la tarde en un pequeño bar del centro de Columbia para tomar grandes jarras de cerveza y charlar hasta altas horas de la noche. Aunque aquellas noches eran su único solaz social, Stoner a veces se preguntaba qué clase de relación mantenían. A pesar de que se llevaban bien no eran amigos íntimos, no se hacían confidencias y rara vez se veían fuera de sus encuentros semanales.

Ninguno cuestionaba nunca aquella amistad. Stoner sabía que a Gordon Finch no se le habría ocurrido, pero sospechaba que sí a David Masters. Una vez, bastante tarde, mientras estaban sentados en una mesa en la parte de atrás del oscuro bar, Stoner y Masters hablaron de sus clases y estudios con el extraño tono burlón de los muy serios. Masters, sosteniendo en alto un huevo duro como si fuera una bola de cristal, dijo: «¿Han considerado ustedes, caballeros, alguna vez la cuestión de la verdadera naturaleza de la universidad? ¿Señor Stoner? ¿Señor Finch?».

Sonriendo, ambos negaron con la cabeza.

«Apuesto a que no. Stoner, aquí, imagino, lo ve como si fuera un gran depósito, como una biblioteca o un almacén, donde los hombres vienen por voluntad y eligen lo que les completa, donde todos trabajan juntos como abejas en un vulgar panal. La Verdad, el Bien, la Belleza. Están justo al doblar la esquina, en el pasillo de al lado, están en el próximo libro, en el que no se ha leído, o en el siguiente estante, el que no se ha consultado. Pero los encontrarás algún día. Y cuando lo hagas... cuando lo hagas...». Miró al huevo un instante más, luego mordió un buen trozo y se giró hacia Stoner, moviendo la mandíbula y con los ojos oscuros centelleando.

Stoner sonrió incómodo y Finch se rió en voz alta y palmeó sobre la mesa. «Te ha pillado, Bill. Te ha pillado bien».

Masters masticó un rato más, tragó, y volvió la vista hacia Finch. «Y usted, Finch. ¿Cuál es su idea?». Levantó la mano. «Usted alegrará que no ha pensado en ello. Pero sí lo ha hecho. Detrás de esa fachada fanfarrona y campechana maquina una mente simple. Para usted, la institución es un instrumento del bien —para el mundo en su globalidad, por supuesto, y sólo de pasada para usted también—. Usted la ve como una especie de melaza sulfatada que administra cada otoño para ayudar a pasar el invierno a esos cabroncetes, y usted es el viejo médico amable que bondadosamente les da palmaditas en las cabezas y se embolsa sus dineros».

Finch se rió otra vez y meneó la cabeza. «Te lo juro, Dave, cuando te pones...».

Masters se puso el resto del huevo en la boca, masticó satisfecho y bebió un trago largo de cerveza. «Pero ambos estáis equivocados», dijo. «Es un sanatorio o —¿cómo lo llaman ahora?—, una casa de reposo, para los enfermos, los ancianos, los infelices y los incompetentes en general. Mirad nosotros tres... *somos* la universidad. Un extraño no sabría que tenemos tanto en común, pero *nosotros* sí lo sabemos, ¿a que sí? Lo sabemos bien».

Finch se reía. «¿De qué vas, Dave?».

Interesado ahora en lo que estaba diciendo, Masters se inclinó con intención sobre la mesa. «Empecemos por ti, Finch. Siendo todo lo amable que puedo, diría que tú eres el incompetente. Como ya sabrás, la verdad es que no eres muy listo... a pesar de que esto no tenga que ver con el asunto».

«Vaya», dijo Finch todavía riéndose.

«Pero sí eres lo suficientemente listo —y sólo lo suficiente— como para darte cuenta de lo que te ocurrirá en el mundo. Estás destinado al fracaso, y lo sabes. A pesar de que eres capaz de ser un hijo de puta, no eres lo bastante malvado para serlo de manera consistente. A pesar de que no eres precisamente el hombre más honesto que he conocido, tampoco es que seas un portento de deshonestidad. Por un lado tienes capacidad de trabajo pero eres tan vago que no puedes trabajar tanto como al mundo le gustaría. Por otro lado no eres tan vago como para imprimir en el mundo sello alguno de tu importancia. Y no tienes suerte —la verdad es que no—. No tienes aura y tienes una expresión turbada. En este mundo siempre estarás a punto de lograr el éxito pero serás destruido por tu fracaso. Así que has sido

seleccionado, elegido; la providencia, cuyo sentido del humor siempre me ha divertido, te ha arrebatado de las fauces del mundo y te ha situado en este espacio seguro, entre tus hermanos».

Aún sonriente y con malévolas ironías, se giró hacia Stoner. «Tú tampoco te escapas, amigo. Para nada. ¿Quién eres tú? ¿Un sencillo hombre de campo, como te finges? Oh, no. Tú también estás entre los enfermos, tú eres el soñador, el loco en el mundo de los locos, nuestro Don Quijote de El Medio Oeste sin su Sancho, retozando bajo el cielo azul. Eres lo bastante listo —más listo al menos que nuestro mutuo amigo—. Pero tienes el mal, la vieja enfermedad. Crees que hay algo *aquí*, algo que encontrar. Bueno, en el mundo lo aprenderías rápido. Tú también estás destinado al fracaso; no es que te vayas a enfrentar al mundo, dejarías que te masticara y que te escupiera y te quedarías ahí pensando qué salió mal. Porque siempre esperaste que el mundo fuera algo que no es, algo que no deseó ser. El gorgojo en el algodón, el gusano en el frijol, el insecto barredor en el maíz. No podrías mirarles a la cara y no podrías enfrentarte a ellos porque eres demasiado débil y eres demasiado fuerte. Y no tienes a donde ir en el mundo».

«¿Y qué hay de ti?», preguntó Finch. «¿Qué pasa contigo?».

«Oh», dijo Masters, reclinándose hacia atrás, «soy uno de vosotros. Peor, de hecho. Soy demasiado listo para el mundo y no mantengo la boca cerrada al respecto, es una enfermedad para la que no hay cura. Así que debo ser encerrado donde pueda ser irresponsable sin peligro, donde no haga ningún daño». Se inclinó hacia delante de nuevo y les sonrió. «Somos todos como el pobre Tom y tenemos frío».

«Rey Lear», dijo Stoner serio.

«Acto tercero, escena cuarta», dijo Masters. «Y así la providencia, la sociedad, o la suerte, como quieras llamarlo, ha creado esta cabaña para nosotros, para que podamos refugiarnos de la tormenta. Es para gente como nosotros por lo que existe la universidad, para los desposeídos del mundo; no para los estudiantes, ni para la altruista búsqueda de conocimiento, ni por ninguno de los motivos que se aducen por ahí. Nosotros distribuimos el raciocinio y permitimos el acceso a él de algunas personas comunes, a aquéllos que encajarán mejor en el mundo. Pero se trata sólo de un barniz

protector. Al igual que la Iglesia en la Edad Media, a la que le importaban un bledo los seglares e incluso Dios, también nosotros sobrevivimos gracias a nuestros engaños».

Finch movió la cabeza con admiración. «Nos haces quedar mal, Dave».

«Tal vez», dijo Masters. «Pero incluso siendo tan malos como somos, somos mejores que los que hay fuera, en el lodo, los pobres cabrones del mundo. No hacemos daño, decimos lo que queremos y nos pagan por ello y eso es un triunfo de la virtud natural, o casi, qué cojones».

Masters se reclinó hacia atrás, indiferente, ajeno a lo que había dicho.

Gordon Finch se aclaró la garganta. «Bien, vale», dijo con seriedad. «Puede que lleves razón en algo de lo que dices, Dave, pero creo que te has pasado, de verdad que sí».

Stoner y Masters se sonrieron mutuamente y no hablaron más del tema aquella noche. Pero durante años, en algunas ocasiones, Stoner recordaba lo que Masters había dicho y pensaba que no le había proporcionado una visión de la universidad con la que se hubiera comprometido, pero revelaba algo acerca de su relación con aquellos dos hombres y le daba una idea sobre la amargura corrosiva y salvaje de la juventud.

El 7 de mayo de 1915 un submarino alemán hundió el transatlántico británico *Lusitania* con ciento catorce pasajeros estadounidenses a bordo. Al final de 1916 la guerra submarina alemana no tenía restricciones y las relaciones entre los Estados Unidos y Alemania empeoraban constantemente. En febrero de 1917 el presidente Wilson rompió relaciones diplomáticas. El 6 de abril el Congreso declaró el estado de guerra entre Alemania y los Estados Unidos.

Con dicha declaración miles de jóvenes de toda la nación, como liberados por el cese de la tensa incertidumbre, asediaron los centros de reclutamiento que se habían instalado apresuradamente unas semanas antes. De hecho, cientos de jóvenes no habían sido capaces de esperar la intervención estadounidense y ya en 1915 se habían alistado como soldados en las Fuerzas Reales Canadienses o como conductores de ambulancia en alguno de los ejércitos europeos aliados. Algún estudiante veterano de la universidad así lo había hecho y pese a que William Stoner no sabía nada de

esto, escuchaba sus legendarios nombres con mayor frecuencia a medida que las semanas y los meses acercaban el momento que todos sabían que acabaría por llegar.

La guerra se declaró un viernes y, aunque las clases permanecieron programadas para la semana siguiente, algunos alumnos y profesores pusieron excusas para no asistir. Se reunían en los pasillos y se hacían pequeños grupos que murmuraban en voz baja. En ocasiones la tensa calma estallaba casi en violencia; dos veces hubo manifestaciones generales anti-alemanas en las que los alumnos gritaban sin mucho sentido y agitaban banderas de Estados Unidos. En una ocasión se produjo una breve manifestación contra uno de los profesores, un profesor anciano con barba de filología germánica que había nacido en Múnich y que de joven había asistido a la Universidad de Berlín. Pero cuando el profesor se encontró con el pequeño grupo sedicioso de estudiantes enfadados pestañeó perplejo y, resistiendo desde su pequeñez, y agitando las manos, los disolvió en hosca confusión.

Durante aquellos primeros días tras la declaración de guerra, Stoner también experimentó confusión, pero de índole radicalmente distinta a la que atenazaba la mayoría del campus. Aunque había hablado sobre la guerra en Europa con los estudiantes mayores y con los profesores, nunca había terminado de creer en ella, y ahora que se cernía sobre él, sobre todos, descubrió dentro de sí una gran dosis de indiferencia. Se sentía agraviado por la interrupción que la guerra había causado en la universidad, pero no hallaba dentro de él ningún sentimiento de arraigado patriotismo, como tampoco conseguía odiar a los alemanes.

Pero los alemanes estaban allí para ser odiados. Una vez se encontró con Gordon Finch hablando a un grupo de antiguos miembros de la facultad. El rostro de Finch se contraía mientras hablaba de los «hunos» como si estuviera escupiendo en el suelo. Más tarde, cuando se acercó a Stoner en el despacho grande que compartían con media docena de profesores noveles, el humor de Finch había cambiado; febrilmente jovial, le dio a Stoner una palmadita en la espalda.

«No podemos dejar que se salgan con la suya, Bill», dijo con vehemencia. Una película de sudor aceitoso resplandecía en su rostro

redondo y su fino cabello rubio salía en lacios mechones de su calavera. «No señor. Voy a alistarme. Ya he hablado con el viejo Sloane sobre ello y me ha dicho que adelante. Me voy mañana a San Luis a apuntarme». Por un instante consiguió dar a sus facciones una apariencia de gravedad. «Todos tenemos que poner de nuestra parte». Luego hizo una mueca y volvió a palmear a Stoner en el hombro. «Lo mejor que podrías hacer es venir conmigo».

«¿Yo?», dijo Stoner, y repitió otra vez, incrédulo: «¿Yo?».

Finch se rió. «Claro. Todo el mundo está alistándose. Acabo de hablar con Dave... se viene conmigo».

Stoner meneó la cabeza como si estuviera aturdido. «¿Dave Masters?».

«Claro. El bueno de Dave a veces dice cosas raras, pero cuando llega la hora de la verdad es como todo el mundo, él hará su parte. Igual que tú harás la tuya, Bill». Finch le dio un puñetazo en el hombro. «Igual que tú harás la tuya».

Stoner se calló por un momento. «No había pensado en ello», dijo. «Todo parece haber pasado tan rápido. Tendré que hablar con Sloane. Ya te contaré».

«Claro», dijo Finch. «Tú harás tu parte». Su voz rebosaba sentimiento. «Estamos juntos en esto ahora, Bill; estamos todos juntos en esto».

Stoner dejó a Finch, pero no fue a ver a Archer Sloane. En vez de eso echó un vistazo por el campus y preguntó por David Masters. Le encontró en uno de los gabinetes de estudio de la biblioteca, solo, fumando en pipa y contemplando un estante de libros.

Stoner se sentó frente a él, en la mesa del gabinete. Cuando le preguntó por su decisión de alistarse en el ejército Masters le dijo: «Claro. ¿Por qué no?».

Y cuando Stoner le preguntó por qué, Masters dijo: «Me conoces bastante bien, Bill. Me importan un carajo los alemanes. Llegado el punto también me importan un carajo los estadounidenses, me parece». Volcó las cenizas de la pipa en el suelo y las barrió con el pie. «Supongo que hago esto porque no importa si lo hago o no. Y puede ser divertido pasear por el mundo una vez más antes de regresar a los claustros y a la lenta extinción que nos aguarda a todos».

A pesar de no entenderlo, Stoner asintió, aceptando lo que Masters le había dicho. Le anunció: «Gordon quiere que me aliste contigo».

Masters sonrió. «Gordon siente el impacto inicial de una virtud que nunca antes se le había permitido sentir y naturalmente quiere hacer partícipe al resto del mundo para poder así seguir creyendo. Claro. ¿Por qué no? Alístate con nosotros. Puede que te haga bien ver cómo es el mundo». Hizo una pausa y miró a Stoner intensamente. «Pero si lo haces, por los clavos de Cristo no lo hagas por Dios, ni por la patria, ni por la vieja y querida Universidad. Hazlo por ti mismo».

Stoner aguardó algunos momentos. Luego dijo: «Hablaré con Sloane y ya te contaré».

No sabía qué esperar de lo que Archer Sloane pudiera responderle; pese a ello se sorprendió cuando se plantó en su estrecho despacho atestado de libros y le comunicó la que aún no era su decisión.

Sloane, que siempre había mantenido hacia él una actitud de indiferencia y cortesía irónica, montó en cólera. Su largo rostro delgado se puso rojo y las arrugas a ambos lados de la boca se acentuaron por el enojo. Se medio levantó de la silla inclinándose hacia Stoner, con los puños cerrados. Después se sentó de nuevo y deliberadamente abrió las manos y las posó sobre la mesa. Le temblaban los dedos pero su voz era firme y áspera.

«Le ruego me disculpe por mi repentino arrebato. Pero durante los últimos días he perdido a casi un tercio de los miembros del departamento y no veo manera de sustituirlos. No es con usted con quien estoy irritado, sino...», dio la espalda a Stoner y miró hacia la gran ventana del fondo de su despacho. La luz le golpeaba en la cara de pleno, marcando sus líneas de expresión y oscureciendo sus ojeras de manera que, por un instante, parecía viejo y cansado. «Nací en 1860, justo antes de la Guerra de Secesión. No la recuerdo, por supuesto; era demasiado joven. No recuerdo tampoco a mi padre. Le mataron el primer año de la guerra, en la Batalla de Shiloh». Miró fugazmente a Stoner. «Pero pude ver lo que sucedió. Una guerra no sólo mata a unos cuantos miles o a unos cuantos cientos de miles de jóvenes. Mata algo en la gente que no puede recuperarse nunca. Y si alguien pasa por suficientes guerras, pronto todo lo que queda es el bruto, la criatura que

nosotros —usted y yo, y otros como nosotros— han sacado del fango». Hizo una pausa larga y a continuación dijo sonriendo débilmente: «A un universitario no debería pedírsele que destruya lo que ha consagrado su vida en construir».

Stoner se aclaró la garganta y dijo tímidamente: «Todo parece haber sucedido muy rápido. Por algún motivo no me había percatado, hasta que hablé con Finch y Masters. Todavía no me parece muy real».

«No lo es, por supuesto», dijo Sloane. Entonces se movió inquieto, alejándose de Stoner. «No voy a decirle lo que debe hacer. Sólo le diré esto: es su decisión. Habrá reclutamiento, pero usted puede ser excluido, si lo desea. ¿No tiene miedo de ir, verdad?».

«No, señor», dijo Stoner. «No lo creo».

«Entonces tome una decisión, y tendrá que tomarla usted solo. Y no es necesario recordarle que si decide alistarse a su regreso recuperará su puesto actual. Si decide no alistarse puede quedarse aquí, pero por supuesto no disfrutará de ninguna ventaja especial. Es posible incluso que padezca algún inconveniente, tanto ahora como en el futuro».

«Comprendo», dijo Stoner.

Hubo un largo silencio, y Stoner decidió al fin que Sloane había terminado con él. Pero justo cuando se levantaba para abandonar el despacho Sloane habló otra vez.

Con voz pausada dijo: «Debe recordar lo que es, lo que ha elegido ser y el significado de lo que hace. Hay guerras, derrotas y victorias de la raza humana que no son militares. Recuerde eso mientras decide qué hacer».

Durante dos días Stoner no fue a sus clases y no habló con nadie que conociera. Permaneció en su pequeña habitación, sopesando su decisión. Sus libros y la quietud de su cuarto le rodeaban, sólo a ratos era consciente del mundo exterior, del lejano murmullo producido por los gritos de los estudiantes, del súbito traqueteo de un carro sobre las calles empedradas y del sordo ronroneo de algún automóvil de la docena de ellos que habría en la ciudad. No era dado a la introspección y halló que la tarea de averiguar sus motivos era complicada y un poco desagradable. Sentía que tenía poco que ofrecerse a sí mismo y que dentro de sí no había mucho que encontrar.

Cuando al final tomó una decisión, le parecía que había sabido todo el tiempo cuál sería. Se encontró con Masters y Finch el viernes y les dijo que no se alistaría con ellos para combatir contra los alemanes.

Gordon Finch, aún dominado por su acceso de virtud, se estiró y dejó que una expresión de avergonzada lástima se asentara en sus facciones. «Nos has decepcionado, Bill», dijo con voz apagada. «Has decepcionado a todos».

«Tranquilo», dijo Masters. Escrutaba a Stoner. «Pensé que quizás decidieras no ir. Siempre fuiste austero para contigo. No importa, por supuesto. Pero ¿qué fue lo que te hizo decidir?».

Stoner no habló durante un rato. Pensó en los últimos dos días, en la batalla silenciosa que parecía no tener fin ni sentido, pensó en la vida en la universidad durante los últimos siete años, pensó en los años anteriores, los años lejanos con sus padres en la granja y en la rigidez de la que él, milagrosamente, había renacido.

«No sé», dijo al fin. «Todo, me parece. No sabría decir».

«Va a ser duro», dijo Masters, «quedarse aquí».

«Lo sé», dijo Stoner.

«Pero ¿crees que merece la pena?».

Stoner asintió.

Masters hizo una mueca y dijo con su vieja ironía: «Tienes el gesto austero y hambriento, seguro. Estás condenado».

La avergonzada lástima de Finch se había transformado en vacilante desdén. «Te arrepentirás de esto, Bill», dijo ásperamente, y su voz titubeaba entre la amenaza y la compasión.

Stoner asintió. «Puede», dijo.

Se despidió y se dio media vuelta. Al día siguiente iban a San Luis a alistarse y Stoner tenía que preparar clases para la semana siguiente.

No sentía culpa por su decisión y cuando el reclutamiento fue general solicitó un aplazamiento sin ningún sentimiento especial de remordimiento, aunque era consciente de las miradas de sus colegas más ancianos y de lo poco que faltaba para que el habitual comportamiento de sus alumnos con él derivase en falta de respeto. Incluso sospechaba que Archer Sloane, que en principio había expresado una cálida aprobación a su decisión de

continuar en la universidad, se volvía más frío y distante según pasaban los meses de la guerra en curso.

Concluyó los estudios de su doctorado en la primavera de 1918 y obtuvo el título en junio de aquel año. Un mes antes de recibir el título recibió una carta de Gordon Finch, que tras pasar por una academia de entrenamiento de oficiales había sido destinado a un campo de entrenamiento en las afueras de la ciudad de Nueva York. La carta le informaba de que habían permitido a Finch, en su tiempo libre, asistir a la Universidad de Columbia, donde también él había conseguido completar los estudios para doctorarse, lo cual sucedería en verano en la facultad de educación local.

También le contó que Dave Masters había sido enviado a Francia y que, casi exactamente al mes de su alistamiento, había caído en Château-Thierry, junto con las primeras tropas estadounidenses que habían entrado en combate.

3

UNA semana antes del inicio, cuando Stoner iba a recibir su doctorado, Archer Sloane le ofreció una plaza de profesor a tiempo completo en la universidad. Sloane le explicó que la política de la universidad no era emplear a sus propios alumnos pero que, debido a la carencia de profesores universitarios titulados y con experiencia a causa de la guerra, había conseguido persuadir a la administración para hacer una excepción.

Con cierta desgana, Stoner había escrito algunas cartas solicitando empleo a universidades y facultades de la zona, declarando someramente sus calificaciones. Al no recibir respuesta de ninguna de ellas, se sintió curiosamente aliviado. Alcanzaba a entender su alivio: en la Universidad de Columbia había conocido el tipo de seguridad y calor que habría necesitado sentir en casa de niño y no habría sido capaz, o no habría tenido la habilidad suficiente para encontrarla en otro sitio. Aceptó la oferta de Sloane con gratitud.

Cuando se dispuso a hacerlo se percató de que Sloane había envejecido notablemente durante el año de guerra. A sus cincuenta y muchos parecía diez años mayor, su cabello, que había sido rizado con revueltos mechones metálicos, era ahora blanco y caía lacio y sin vida por su cara huesuda. Sus ojos negros se habían apagado, como ocultos tras varias capas de humedad, su rostro largo y con arrugas, que alguna vez pareció de cuero fino, presentaba ahora la fragilidad de un papel viejo y seco, y su voz llana e irónica había empezado a temblar. Mirándole, Stoner pensó: va a morir —

en un año, o dos, o diez, morirá—. Le pellizcó un sentimiento prematuro de pérdida y se dio media vuelta.

Aquel verano de 1918 sus pensamientos volvían a menudo al tema de la muerte. La de Masters le había impactado más de lo que hubiese deseado admitir y la primera lista de bajas estadounidenses en Europa había empezado a publicarse. Cuando había pensado en la muerte con anterioridad no había sido ni como un acto literario ni como el desgaste lento y calmoso del tiempo sobre la carne imperfecta. No había pensado en ella como una explosión de violencia en un campo de batalla, ni como un chorro de sangre brotando de una garganta rota. Se cuestionaba la diferencia entre los tipos de muerte y lo que significaba aquella diferencia, y se percató de que dentro le crecía algo de aquel amargor que había atisbado alguna vez en el corazón de su amigo David Masters.

El tema de su disertación fue «La influencia de la tradición clásica en la lírica medieval». Empleó la mayor parte del verano en releer a los poetas latinos clásicos y medievales y especialmente poemas sobre la muerte. Se preguntó una vez más por la manera sencilla y elegante en que los líricos romanos aceptaban el hecho de la muerte, como si la nada a la que se enfrentaban fuese un tributo a la riqueza de los días disfrutados y se maravillaba por la amargura, el terror, el apenas disimulado odio que detectó en algunos de los últimos poetas cristianos de tradición latina cuando se enfrentaban a una muerte que prometía, algo vagamente, una vida eterna rica y en éxtasis, como si muerte y promesa fuese una burla que agriaba los días de los vivos. Cuando pensaba en Masters lo hacía como en un Catulo o un Juvenal más elegante y lírico, un exiliado en su propio país, y su muerte se le antojaba otro exilio, más extraño y duradero que los que había conocido antes.

Al inaugurarse el semestre de otoño en 1918 era evidente para todos que la guerra en Europa no podría durar mucho más. La última y desesperada contraofensiva alemana había sido detenida cerca de París y el mariscal Foch había ordenado un contraataque general aliado que había hecho retroceder rápidamente a los alemanes hasta su posición original. Los británicos avanzaron hacia el norte y los estadounidenses atravesaron Argonne, con un coste que fue ampliamente ignorado en medio del júbilo

general. Los periódicos predecían el colapso de los alemanes para antes de Navidad.

Así que el semestre empezó con un clima de tensa cordialidad y bienestar. Los alumnos y profesores se sonreían unos a otros y se saludaban enérgicamente en los pasillos; la facultad y la administración ignoraron algunos brotes de exaltación, así como pequeños actos violentos por parte de los alumnos. Un estudiante sin identificar, que inmediatamente se convirtió en una especie de héroe local popular, trepó a una de las inmensas columnas del Jesse Hall y colgó de su parte superior un muñeco de paja parecido al Kaiser.

La única persona de la universidad aparentemente ajeno a la euforia general era Archer Sloane. Desde el día en que Estados Unidos entró en la guerra empezó a encerrarse en sí mismo y su retraimiento se hizo más notorio a medida que la guerra se aproximaba a su fin. No hablaba con sus colegas a no ser sobre asuntos del departamento y se rumoreaba que sus clases se habían vuelto tan excéntricas que sus alumnos asistían a ellas con temor. Leía sus notas mecánica y monótonamente, sin mirarlos nunca a los ojos. Con frecuencia su voz se desvanecía en cuanto empezaba a leer sus apuntes y podía haber uno, dos, y a veces hasta cinco minutos de silencio, durante los cuales ni se movía ni respondía a las tímidas preguntas de la clase.

William Stoner vio el último vestigio del hombre brillante e irónico que había conocido de estudiante cuando Archer Sloane le dio sus tareas docentes para el curso. Sloane asignó a Stoner dos cursos de composición de primero y un curso superior de literatura inglesa medieval y entonces dijo, con un destello de su viejo sarcasmo: «Al igual que muchos de nuestros colegas y no pocos de nuestros alumnos, estará usted encantado de saber que voy a renunciar a muchas de mis clases. Entre ellas hay una que ha sido siempre mi favorita, la literatura inglesa de segundo. ¿Recuerda tal vez el curso?».

Stoner asintió, sonriendo.

«Sí», continuó Sloane, «prefiero que la imparta usted. Le pido por tanto que me sustituya en ella. No es que sea un regalo, pero pensé que le divertiría comenzar su carrera formal como profesor donde comenzó de

alumno». Sloane le miró por un instante; sus ojos brillaban con la expresividad que tenían antes de la guerra. Luego, el velo de indiferencia se asentó sobre ellos y le alejó de Stoner. Se puso a barajar algunos papeles de su escritorio.

Fue así como Stoner empezó por donde había comenzado, un hombre alto, delgado y encorvado en la misma clase en la que se sentase siendo un muchacho alto, delgado y encorvado a escuchar las palabras que le habían llevado hasta donde estaba. Nunca entró en aquella clase sin echar un vistazo al lugar que había ocupado y siempre se asombraba un poco de no verse sentado allí.

El 11 de noviembre de aquel año, dos meses después del inicio del semestre, se firmó el armisticio. La noticia llegó un día lectivo e inmediatamente se suspendieron las clases. Los alumnos deambulaban sin rumbo por el campus y surgieron pequeños desfiles que se agrupaban, se dispersaban y se agrupaban de nuevo, atravesando pasillos, clases y oficinas. Contra su voluntad, Stoner se vio arrastrado por uno de los que entraban en el Jesse Hall, a través de pasillos, escaleras y más pasillos. Empujado por pequeños grupos de alumnos y profesores, pasó por la puerta abierta del despacho de Archer Sloane, y lo vislumbró sentado en la silla de su escritorio, con la cara descubierta y crispada, sollozando amargamente, con las lágrimas cayéndole por sus profundos surcos carnosos.

Durante un conmovido instante, Stoner se dejó arrastrar por la masa. Luego escapó y fue a su habitación cerca del campus. Sentado en la oscuridad de su cuarto escuchó fuera los gritos de alegría y júbilo y pensó en Archer Sloane, que lloraba por la derrota que sólo él veía, o creía que veía y supo que Sloane era un hombre deshecho que nunca volvería a ser el que había sido.

A finales de noviembre muchos de aquéllos que se habían ido a la guerra empezaron a retornar a Columbia y el campus de la universidad se vio salpicado del verde aceituna de los uniformes. Entre quienes regresaban de largos permisos estaba Gordon Finch. Había cogido peso durante el año y medio que estuvo alejado de la universidad y el rostro ancho y abierto que fuese de amable condescendencia tenía ahora una expresión de gravedad

afable pero siniestra. Portaba galones de capitán y a menudo hablaba con afecto paternalista de «mis hombres». Mantenía una amistad distante con William Stoner y ponía ahora exagerado empeño en comportarse deferentemente con los miembros veteranos del departamento. Era demasiado tarde para asignarle ninguna clase del semestre de otoño, así que durante el resto del curso le dieron lo que se entendía sería una sinecura como auxiliar administrativo del vicerrector de artes y ciencias. Tuvo el suficiente tacto como para percatarse de la ambigüedad de su nuevo cargo y la suficiente habilidad para apreciar sus posibilidades. La relación con sus colegas era provisional y cortésmente evasiva.

El vicerrector de artes y ciencias, Josiah Claremont, era un hombre pequeño con barba, de avanzada edad, con algunos años más de los prescritos para la jubilación obligatoria. Había estado en la universidad desde su traslado, a principios de los setenta del siglo anterior, desde una facultad corriente a una universidad plena, habiendo sido su padre uno de sus primeros rectores. Estaba tan afianzado y era tan parte misma de la historia de la universidad que nadie tenía el valor de insistirle en su jubilación, a pesar de la creciente incompetencia con la que llevaba su oficina. Prácticamente había perdido la memoria, a veces se perdía por los pasillos del Jesse Hall, donde estaba su despacho, y tenía que ser guiado como un niño hasta su mesa.

Josiah Claremont, viudo desde hacía años, vivía solo, con tres criados de color casi tan viejos como él, en una de esas casas grandes de antes de la Guerra Civil que habían sido tan comunes en Columbia pero que estaban desapareciendo en favor del pequeño granjero independiente y del constructor inmobiliario. La arquitectura del lugar era agradable pero irreconocible y, aunque «sureña» en su aspecto general y su carácter, no poseía nada de la rigidez neoclásica de las casas de Virginia. La madera estaba pintada de blanco y cenefas verdes enmarcaban las ventanas y las balaustradas de los pequeños balcones que sobresalían aquí y allá desde el piso superior. La parcela se extendía hasta un bosque que rodeaba el lugar y altos álamos, desprovistos de hojas las tardes de diciembre, se alineaban por el camino de entrada y los senderos. Era la casa más grande a la que William Stoner se había acercado, y aquel viernes por la tarde caminaba con

cierto recelo hacia la entrada uniéndose a un grupo de la facultad al que no conocía y que esperaba en la puerta principal para entrar.

Gordon Finch, vistiendo aún su uniforme del ejército, abrió la puerta para dejarlos pasar. El grupo penetró en un pequeño vestíbulo cuadrado al final del cual una escalera escarpada de barandas de roble bruñido conducía a la segunda planta. Un pequeño tapiz francés, de azules y dorados tan desvaídos que los motivos eran apenas visibles bajo la débil luz amarillenta de las pequeñas bombillas, colgaba de la pared de la escalera, justo en frente de los recién llegados. Stoner se quedó observándolo mientras los demás deambulaban por el reducido vestíbulo.

«Dame tu chaqueta, Bill». Aquella voz, junto a su oído, le sobresaltó. Se giró. Finch sonreía y extendía la mano para recoger la chaqueta que Stoner aún no se había quitado.

«No habías estado antes aquí, ¿no?», preguntó Finch casi en un susurro. Stoner negó con la cabeza.

Finch se giró hacia los otros hombres y sin levantar la voz consiguió exclamar: «Caballeros, vayan al salón principal». Señaló una puerta a la derecha del vestíbulo. «Todos están allí dentro».

Volvió a centrar su atención en Stoner. «Es una casa antigua magnífica», dijo, colgando la chaqueta de Stoner en un armario grande bajo la escalera. «Es una de las auténticas atracciones de por aquí».

«Sí», dijo Stoner. «He oído a la gente hablar de ella».

«Y el vicerrector Claremont es un viejecito encantador. Me ha pedido algo así como que cuide de todo esta tarde por él».

Stoner asintió.

Finch le tomó del brazo y le guió hacia la puerta que había señalado antes. «Más tarde tenemos que reunirnos para tener una charla. Tú entra ahora. Yo voy dentro de un rato. Hay gente que quiero que conozcas».

Stoner empezó a hablar pero Finch se había dado la vuelta para saludar a otro grupo que había llegado a la puerta principal. Stoner resopló profundamente y abrió la puerta del salón.

Cuando entró en la sala desde el frío vestíbulo el calor le golpeó, como si le forzara a retirarse; el lento murmullo de la gente de dentro, liberado al

abrir la puerta, flotó durante un instante antes de que sus oídos se acostumbraran a él.

Había reunidas una docena de personas en la sala aproximadamente, y en un momento reconoció Stoner a nueve de ellas; vio el sobrio negro, gris y marrón de los trajes, el verde aceituna de los uniformes militares, y aquí y allá el delicado rosa o azul de los vestidos de mujer. La gente se movía con lentitud por el calor y él se movía con ellos, consciente de su altura entre las figuras sentadas, saludando con la cabeza a las caras que ahora reconocía.

En el extremo opuesto otra puerta conducía a una salita, adyacente al largo y estrecho comedor. Las abiertas puertas dobles del recibidor revelaban una inmensa mesa de nogal cubierta con un mantel damasquinado repleto de platos blancos y fuentes de plata reluciente. Había algunas personas reunidas alrededor de la mesa, presidida por una joven, alta, delgada y hermosa, con un vestido de muaré azul, que escanciaba té en tazas de porcelana con bordes dorados. Stoner se detuvo en la puerta, atrapado por la visión de la joven. Su rostro de fisonomía larga, delicada, sonreía a quienes la rodeaban y sus esbeltos, casi frágiles dedos, manejaban hábilmente la tetera y las tazas. Mirándola, a Stoner le abrumaba la conciencia de su propio aspecto desgarbado.

Durante unos instantes no se movió de la puerta; escuchaba la voz suave y débil de la chica alzarse sobre el murmullo de los invitados allí reunidos y a los que ella servía. Levantó la cabeza y de repente vio sus ojos, eran pálidos y grandes y parecían brillar con una luz interior. Algo confuso se apartó de la puerta y regresó al salón. Encontró una silla vacía junto a la pared y se sentó allí observando la alfombra bajo sus pies. No miraba hacia el comedor, pero de vez en cuando pensaba que sentía la mirada de la joven rozándole cálidamente la cara.

Los invitados se movían a su alrededor, cambiando de asientos, alterando sus entonaciones según encontraban nuevos compañeros de conversación. Stoner los veía a través de un velo, como si fuera un espectador. Después de un rato Gordon Finch entró en la sala y Stoner se levantó y caminó hacia él. Casi groseramente interrumpió la conversación de Finch con un señor mayor. Llevándole a un aparte pero sin bajar la voz, le preguntó si podía presentarle a la joven escanciadora de té.

Finch le observó un instante, suavizándose el frunce de contrariedad de su frente a medida que se le abrían los ojos de asombro. «¿Que tú, qué?», dijo Finch. Pese a ser más bajo que Stoner daba la impresión de que le miraba desde arriba.

«Quiero que me la presentes», dijo Stoner. Sentía que le ardía la cara. «¿La conoces?».

«Claro», dijo Finch. Un principio de sonrisa le asomó a la boca. «Me parece que es prima del vicerrector, de San Luis, está visitando a una tía». La sonrisa se acentuó. «Viejo Bill. ¿Qué estarás tramando? Claro, te la presentaré. Vamos».

Se llamaba Edith Elaine Bostwick y vivía con sus padres en San Luis, donde la primavera anterior había acabado un curso de dos años en una academia privada para mujeres. Estaría unas semanas visitando a la hermana mayor de su madre en Columbia y en primavera iba a hacer el gran viaje por Europa —un acontecimiento de nuevo posible, ahora que la guerra había terminado—. Su padre, presidente de uno de los bancos más pequeños de San Luis, era un emigrado de Nueva Inglaterra. Había venido al oeste en los setenta y se había casado con la hija mayor de una familia bien de Missouri. Edith había vivido toda su vida en San Luis, unos años antes había ido al Este con sus padres, una temporada a Boston; había estado en la ópera de Nueva York y había visitado los museos. Tenía veinte años, tocaba el piano y tenía unas inclinaciones artísticas que su madre alentaba.

Más tarde, William Stoner no podría recordar cómo se había enterado de esas cosas durante aquella primera tarde en la casa de Josiah Claremont, pues su charla fue confusa y formal, como las figuras del tapiz de la pared de la escalera del vestíbulo. Recordaba haber hablado con ella, que ella le miró, se quedó junto a él y le otorgó el placer de escuchar su voz suave y débil respondiendo a sus preguntas y haciendo a su vez preguntas superficiales.

Los invitados comenzaron a marcharse. Voces que se despedían, puertas que se cerraban y habitaciones que se vaciaban. Stoner permaneció allí después de que muchos invitados se hubiesen ido y cuando vino el carruaje

de Edith, él la siguió al vestíbulo y la ayudó con el abrigo. Justo antes de salir al exterior le preguntó si podía llamarla la tarde siguiente.

Como si no le hubiese oído ella abrió la puerta y se quedó inmóvil unos instantes: el aire frío penetraba por la puerta y alcanzó el rostro ardiente de Stoner. Ella se giró, le miró y pestañeó varias veces. Sus ojos pálidos especulaban, casi descarados. Finalmente asintió y dijo: «Sí. Puede llamarme». No sonrió.

Así que la llamó. Caminó por la ciudad en dirección a la casa de la tía de la joven bajo un frío intenso, típico de las noches del medio oeste. No había ninguna nube en el cielo; la media luna brillaba sobre una ligera capa de nieve que había caído a primera hora de la tarde. Las calles estaban desiertas y el silencio sordo era roto por el crujido de la nieve seca bajo sus pies al caminar. Permaneció largo tiempo fuera de la gran casa a la que había llegado, sin moverse. La luz mortecina de las ventanas caía sobre el blanco azulado de la nieve como un manchón amarillo. Stoner creyó ver movimiento dentro, pero no podía estar seguro. Deliberadamente, como comprometiéndose con algo, dio un paso al frente, caminó por el sendero del porche y llamó a la puerta.

La tía de Edith —cuyo nombre, según había sabido Stoner, era Emma Darley, era viuda desde hacía varios años— le recibió en la puerta y le invitó a entrar. Era una mujer baja y rolliza de finos cabellos blancos que flotaban sobre su rostro. Sus ojos oscuros parpadeaban humedecidos y hablaba suavemente y en susurros, como si estuviera contando secretos. Stoner la siguió hasta la sala y se sentó frente a ella, sobre un sofá de nogal grande, con los asientos y el respaldo cubiertos de grueso terciopelo azul. La nieve se le había agarrado a los zapatos; él contemplaba cómo se derretía formando rodales de humedad sobre la tupida alfombra floral bajo sus pies.

«Edith me ha contado que enseña en la universidad, señor Stoner», dijo la señora Darley.

«Sí, señora», dijo y se aclaró la voz.

«Es tan *lindo* poder hablar de nuevo con un joven profesor de allí», dijo la señora Darley vivazmente. «Mi difunto esposo, el señor Darley,

perteneció al consejo de administración de la universidad durante varios años... pero supongo que usted ya lo sabía».

«No, señora», dijo Stoner.

«Oh», dijo la señora Darley. «Bueno, solíamos recibir a algunos de los catedráticos más jóvenes para tomar el té por las tardes. Pero eso fue hace algunos años, antes de la guerra. ¿Fue usted a la guerra profesor Stoner?».

«No, señora», dijo Stoner. «Estuve en la universidad».

«Sí», dijo la señora Darley. Asintió con vehemencia. «¿Y qué enseña?».

«Inglés», dijo Stoner. «Y no soy catedrático. Soy sólo profesor». Sabía que su voz sonaba áspera, pero no podía controlarla. Trató de sonreír.

«Ah, sí», dijo ella. «Shakespeare... Browning...».

Se hizo un silencio entre los dos. Stoner entrelazó las manos y miró al suelo.

La señora Darley dijo: «Veré si Edith está lista. Con su permiso».

Stoner asintió y se puso de pie cuando ella se marchó. Escuchó intensos susurros en la habitación de atrás. Permaneció de pie algunos minutos más.

De repente Edith apareció bajo el ancho umbral, pálida y seria. Se miraron sin reconocerse. Edith dio un paso hacia atrás y después avanzó, sus labios finos estaban tensos. Se dieron la mano con gravedad y se sentaron juntos en el sofá. No había hablado.

Era incluso más alta de lo que recordaba, y más frágil. Su rostro era alargado y esbelto y mantenía los labios cerrados sobre unos dientes bastante recios. Su piel tenía el tipo de transparencia que muestra un ápice de color y temperatura sin resultar provocativa. Su pelo era entre pelirrojo y castaño claro y lo llevaba recogido en gruesas trenzas. Pero fueron sus ojos los que le atraparon y le cautivaron como lo habían hecho el día anterior. Eran muy grandes y del azul más claro que cupiera imaginar. Cuando los miraba parecía salirse de sí mismo, adentrándose en un misterio que no podía comprender. Pensaba que era la mujer más bella que había visto en su vida y le dijo impulsivamente: «Yo... yo quisiera conocerla». Ella se apartó un poco. Él dijo con precipitación: «Quiero decir... ayer, en la recepción, lo cierto es que no tuvimos ocasión de charlar. Quise hablarle, pero había tanta gente. La gente a veces estorba».

«Fue una recepción muy linda», dijo Edith débilmente. «Pienso que todo el mundo fue muy agradable».

«Oh, sí, por supuesto», dijo Stoner. «Quería decir...». No continuó. Edith callaba.

Él dijo: «Entiendo que usted y su tía viajarán a Europa en breve».

«Sí», dijo ella.

«Europa...». Meneó la cabeza. «Debe usted estar muy entusiasmada».

Meneó la cabeza con renuencia.

«¿Dónde irán? Quiero decir, ¿a qué sitios?».

«Inglaterra», dijo. «Francia, Italia».

«Y se marcharán... ¿en primavera?».

«En abril», dijo.

«En cinco meses», dijo. «No queda mucho. Espero que en este tiempo podamos...».

«Sólo estaré aquí tres semanas», dijo ella con rapidez. «Luego volveré a San Luis por Navidad».

«Eso es poco tiempo», sonrió y torpemente añadió, «entonces tendré que verla tan a menudo como pueda para que así podamos llegar a conocernos».

Ella le miró casi con terror. «No quería decir eso», dijo. «Por favor...».

Stoner guardó silencio unos instantes. «Lo siento, yo... pero sí quisiera llamarla otra vez, tan a menudo como usted me permita. ¿Puedo?».

«Oh», dijo. «Bueno». Tenía los delgados dedos entrelazados sobre su regazo y los nudillos estaban blancos donde la piel se estiraba. Tenía pecas pálidas en el dorso de las manos.

Stoner dijo: «Esto no va bien, ¿verdad? Debe perdonarme. Nunca había conocido a alguien como usted y digo tonterías. Debe perdonarme si la he intimidado».

«Oh, no», dijo. Se giró hacia él y movió los labios en lo que debía ser una sonrisa. «Para nada. Me lo estoy pasando estupendamente. De verdad».

Stoner no supo qué decir. Mencionó algo acerca del tiempo en el exterior y se disculpó por haber dejado huellas de nieve sobre la alfombra. Ella murmuró algo en respuesta. Él habló de las clases que tenía que impartir en la universidad y ella asintió sorprendida. Finalmente

permanecieron sentados en silencio. Stoner se puso en pie; se movió lenta y pesadamente, como si estuviera cansado. Edith le miraba de forma inexpresiva.

«Bueno», dijo y se aclaró la voz. «Se hace tarde y yo... Mire. Lo siento. ¿Podría llamarla dentro de unos días? Tal vez...».

Fue como si no le hubiese hablado a ella. Él asintió con la cabeza, dijo «buenas noches» y se dio media vuelta para marcharse.

Edith Bostwick dijo en un tono alto, chillón y sin inflexión: «Cuando era una niña de unos seis años sabía tocar el piano y me gustaba pintar y era muy tímida así que mi madre me envió a la escuela para niñas de la señorita Thorndyke en San Luis. Yo era la más pequeña allí, pero estaba bien porque papá era miembro del consejo de administración y él lo arregló. No me gustó al principio pero al final me encantaba. Eran todas chicas muy amables y adineradas y allí hice amigas de por vida, y...».

Stoner se había dado la vuelta cuando ella empezó a hablar y la miraba con un asombro reprimido en su expresión. Sus ojos estaban fijos sobre ella, su rostro lívido y sus labios se le movían como si, sin comprenderlo, leyera de un libro invisible. Cruzó despacio la habitación y se sentó a su lado. Ella no pareció darse cuenta, su mirada permanecía clavada al frente y continuaba hablando de sí misma, como si él le hubiera pedido que lo hiciera. Quería decirle que parara, para consolarla, para tocarla. Ni se movió ni habló.

Ella continuó hablando y al cabo de un rato Stoner empezó a escuchar lo que decía. Años más tarde se daría cuenta de que en esa hora y media, de aquella tarde de diciembre, durante su primer lapso largo de tiempo juntos, le contó más sobre sí misma que ninguna otra vez. Y cuando hubo terminado, sintió que eran desconocidos de una manera impensable y supo que se había enamorado.

Edith Elaine Bostwick probablemente no era consciente de lo que le dijo a William Stoner aquella tarde, y de haberlo sido, no se había dado cuenta de su significado. Pero Stoner sabía lo que ella había dicho y nunca lo olvidó. Lo que escuchó fue una especie de confesión y lo que creyó entender fue una petición de ayuda.

A medida que la iba conociendo mejor supo más de su infancia y advirtió que era la típica chica de su época y circunstancias. Había sido educada bajo la premisa de ser protegida de los graves incidentes que la vida pudiera poner en su camino, así como la de que no tenía otra misión que ser elegante y cómplice consumada de dicha protección, dado que pertenecía a una clase social y económica para la cual la protección constituía una obligación sagrada. Fue a colegios privados para chicas en los que aprendió a leer, escribir y aritmética simple. En su tiempo libre se le incitaba a bordar, a tocar el piano, a pintar con acuarelas y a debatir sobre las obras más tiernas de la literatura. También había sido instruida respecto a indumentaria, carruajes, dicción para damas y moralidad.

Su instrucción moral, tanto en los colegios a los que fue como en casa, fue de naturaleza negativa, de intención represiva y casi estrictamente sexual. De todas formas, la sexualidad era indirecta y no admitida abiertamente, por lo tanto afectaba a cualquier otro aspecto de su formación. Ésta se alimentaba mayormente de una fuerza moral prohibicionista y tácita. Aprendió que tendría tareas para con su marido y familia y que debería cumplirlas.

Su infancia fue sumamente ceremoniosa, incluso en los momentos más cotidianos de la vida familiar. Sus padres se trataban con una cortesía distante. Edith nunca les vio intercambiar el calor espontáneo del enfado o del amor. El enfado consistía en días de silencio cortés y el amor en una palabra de cariño cortés. Siendo sólo una niña la soledad fue una de las primeras circunstancias de su vida.

Creció con un moderado talento para las artes más exquisitas y sin conocer la necesidad de vivir el día a día. Sus bordados eran delicados e inútiles, pintaba paisajes brumosos con tenues acuarelas aguadas y tocaba el piano con manos sin fuerza pero precisas y, aunque ignorara sus propias necesidades corporales, no la habían dejado sola para cuidar de sí misma ni un sólo día de su vida y no se le había ocurrido que pudiese llegar a ser responsable del bienestar de otra persona. Su vida era invariable, como un leve arrullo y era observada por su madre la cual, cuando Edith era una niña, se sentaba horas con ella observándola pintar sus dibujos o tocar el piano como si otra ocupación no fuese concebible para ninguna de las dos.

A la edad de trece años Edith sufrió la transformación sexual habitual. Sufrió así mismo una transformación física más inusual. En el transcurso de pocos meses creció casi treinta centímetros, por lo que su altura era casi la de un hombre adulto. Y la conjunción de su cuerpo desgarrado y la extrañeza de su nuevo estado sexual fue algo de lo que nunca se recuperó totalmente. Aquellos cambios intensificaron su timidez natural, era distante con sus compañeras de clase en el colegio, no tenía a nadie en casa con quien poder hablar y se encerró cada vez más en sí misma.

En aquella privacidad íntima se inmiscuía ahora William Stoner. Y algo insospechado dentro de ella, algún instinto, la llevó a interpelar a Stoner cuando salía por la puerta, haciéndole hablar con vehemencia, desesperadamente, como no había hablado y nunca volvería a hablar.

Durante las siguientes dos semanas la vio casi cada tarde. Fueron a un concierto patrocinado por el nuevo departamento de música de la universidad. Las tardes que no hacía mucho frío daban paseos lentos y solemnes por las calles de Columbia, pero normalmente se sentaban en el salón de la señora Darley. A veces conversaban y Edith tocaba para él mientras él escuchaba y observaba sus manos moverse sin vida sobre las teclas. Tras aquella primera tarde juntos su conversación se volvió curiosamente impersonal. Él era incapaz de sacarla de su recato y cuando veía que sus esfuerzos la intimidaban, dejaba de intentarlo. Aun así había cierta comodidad entre ellos y él imaginaba que se entendían. Una semana antes de que ella tuviera que regresar a San Luis él le declaró su amor y le propuso matrimonio.

A pesar de que no sabía exactamente cómo se tomaría la declaración y la proposición, se quedó sorprendido de su aplomo. Después de que él hablase le lanzó una mirada larga, deliberada y curiosamente descarada, y él recordó la tarde posterior a la que le pidiera permiso para llamarla, cuando le había mirado desde la puerta por la que se colaba un viento frío. Luego bajó la vista y el estupor que ascendió hasta su rostro le pareció casi irreal. Dijo que nunca había pensado en él de esa forma, que nunca lo hubiera imaginado, que no lo sabía.

«Debe de haber sabido que la quería», dijo. «No veo cómo podría haberlo ocultado».

Ella dijo con cierto aire de animación: «No lo sabía. Yo no sé nada de eso».

«Entonces debo decírselo otra vez», dijo él amablemente. «Y debe acostumbrarse a ello. La amo y no me puedo imaginar la vida sin usted».

Ella agitó la cabeza, como confusa. «Mi viaje a Europa», dijo tenuemente. «Tía Emma...».

Sintió que una carcajada le subía por la garganta y le dijo feliz y confiado: «Ah, Europa. Yo la llevaré a Europa. La veremos juntos algún día».

Ella se apartó de él y apoyó la yema de los dedos en la frente. «Debe darme tiempo para pensar. Y debería hablar con mis padres antes de poder siquiera considerarlo...».

Y no se comprometió más allá de eso. Ya no le vería más antes de partir hacia San Luis y desde allí le escribiría tras hablar con sus padres y asumir las cosas en su cabeza. Cuando se marchó aquella tarde él se detuvo a besarla, ella giró la cara y sus labios le rozaron la mejilla. Ella le dio un pellizco en la mano y le condujo fuera de la casa sin volver a mirarle.

Diez días más tarde recibió una carta de ella. Era una nota curiosamente formal que no mencionaba nada de lo que había ocurrido entre ellos. Decía que le gustaría que conociera a sus padres y que todos estaban deseosos de verle cuando viniera a San Luis el siguiente fin de semana, si eso era posible.

Los padres de Edith le recibieron con la fría cordialidad que esperaba e intentaron de inmediato destruir cualquier atisbo de confianza que hubiese podido concebir. El señor Bostwick le hacía preguntas y cuando respondía le contestaba: «S-í-í», de la manera más ambigua y le miraba con curiosidad, como si tuviera la cara manchada o le sangrase la nariz. Ella era alta y delgada como Edith y al principio Stoner se quedó pasmado por un parecido que no se esperaba, pero la cara de la señora Bostwick era fofa y enfermiza, sin ninguna fuerza o delicadeza y dejaba ver las profundas huellas de lo que parecía una insatisfacción crónica.

Horace Bostwick era también alto, pero curiosa e insustancialmente recio, casi corpulento. Un mechón de cabello gris le serpenteaba por la cabeza casi calva y unos pliegues de pellejo se descolgaban de su mandíbula. Cuando hablaba a Stoner miraba directamente por encima de su cabeza como si viera algo detrás de él, y cuando Stoner le respondía tamborileaba con sus gruesos dedos sobre la insignia del centro de su chaleco.

Edith saludó a Stoner como si se tratase de una visita casual y después se perdió por ahí despreocupada, enfrascada en tareas intrascendentes. Sus ojos la seguían pero no lograba que ella le mirase.

Era la casa más grande y elegante en la que Stoner había estado nunca. Las habitaciones eran muy altas y oscuras y estaban repletas de jarrones de todo tamaño y condición, platería de brillo opaco sobre mesas de mármol, cómodas, cajones y mobiliario ricamente tapizado con diseños de lo más delicado. Recorrieron diversas habitaciones hasta una sala grande en la que, murmuró la señora Bostwick, ella y su marido tenían costumbre de sentarse a charlar informalmente con los amigos. Stoner se sentó en una silla tan frágil que temía moverse, sintiendo que se descompondría bajo su peso.

Edith había desaparecido, Stoner la buscaba con la mirada casi frenético. Pero ella no apareció por la sala en el transcurso de casi dos horas, hasta que Stoner y sus padres tuvieron su «charla».

La «charla» había sido indirecta, ambigua y lenta, interrumpida por largos silencios. Horace Bostwick hablaba sobre sí mismo en cortos parlamentos lanzados algunos centímetros por encima de la cabeza de Stoner. Stoner supo que Bostwick era de Boston y que su padre, al final de su vida, había echado a perder su carrera en la banca y el futuro de su hijo en Nueva Inglaterra debido a una serie de inversiones imprudentes que habían llevado al cierre del banco. («Traicionado», Bostwick clamó al cielo, «por falsos amigos»). Por eso el hijo había venido a Missouri poco después de la Guerra Civil, con la intención de trasladarse al oeste, pero sin llegar nunca más allá de Kansas City, donde inició casualmente algunos negocios. Recordando el fracaso de su padre, o la traición, permaneció en su primer empleo en un pequeño banco de San Luis, a sus treinta y tantos, sintiéndose seguro con una vicepresidencia menor. Se casó con una chica de la zona de

buena familia. El matrimonio había generado sólo una hija, él hubiera querido un chico pero tuvo una chica y aquello constituyó otra decepción que apenas se preocupó de ocultar. Como muchos hombres que consideraban su éxito incompleto, era extraordinariamente vanidoso y estaba consumido por su propia importancia. Cada diez o quince minutos se sacaba un gran reloj de oro del bolsillo del chaleco y se asentía a sí mismo.

La señora Bostwick hablaba con menor frecuencia y menos directamente sobre sí misma, pero Stoner llegó a comprenderla rápidamente. Era una estereotípica mujer sureña. De familia antigua y algo empobrecida, había crecido con la presunción de que las circunstancias de necesidad bajo las que la familia vivía no eran las apropiadas para su rango. Se le había enseñado a procurarse alguna mejora en aquella condición, pero nunca le habían dado instrucciones precisas sobre dicha mejora. Se había casado con Horace Bostwick con aquel desafecto tan habitual en ella que formaba parte de su personalidad, y según pasaban los años la insatisfacción y la amargura crecían de manera tan general y dominante que no había manera de disiparlas. Su voz era alta y aguda y mantenía una nota de desesperanza que otorgaba un valor especial a todo lo que decía.

A última hora de la tarde nadie había mencionado todavía el asunto que les había reunido.

Le dijeron cuánto querían a Edith, cuánto se preocupaban de su felicidad futura, de las ventajas de las que había gozado. Stoner permanecía sentado torturado por la vergüenza, intentando dar las respuestas que juzgaba apropiadas.

«Una niña extraordinaria», dijo la señora Bostwick. «Muy sensible». Las líneas del rostro se le acentuaron al decir con vieja amargura: «Ningún hombre... nadie puede entender completamente la delicadeza de... de...».

«Sí», dijo Horace Bostwick presto. Y empezó a preguntar sobre lo que él llamaba «proyectos» de Stoner. Stoner respondió lo mejor que pudo; nunca había pensado en sus «proyectos» con anterioridad y se sorprendía de lo precarios que sonaban.

Bostwick dijo: «¿Y usted no tiene otros ingresos aparte de su profesión?».

«No, señor», dijo Stoner.

El señor Bostwick movió la cabeza descontento. «Edith ha tenido... privilegios, ya sabe. Una buena casa, sirvientes, los mejores colegios. Me estaba preguntando... y mucho me temo que, con el limitado nivel que sería inevitable con su... ¡ah!, condición... que...», arrastraba la voz.

Stoner sentía que un malestar le crecía, así como cierto enfado. Esperó unos momentos antes de responder, y puso la voz tan plana e inexpresiva como pudo.

«Debo decirle, señor, que nunca había considerado estos temas materiales. La felicidad de Edith es, por supuesto, mi... si usted cree que Edith sería infeliz, entonces debo...». Hizo una pausa, buscando las palabras. Quería contarle al padre de Edith el amor que sentía por su hija, su certeza en la felicidad que compartirían, el tipo de vida que llevarían. Pero no continuó. Observó en el rostro de Horace Bostwick una expresión de preocupación, desánimo, y algo parecido al miedo al haberse quedado en silencio de repente.

«No», dijo Horace Bostwick apresuradamente, y aclaró su expresión. «Me ha malinterpretado. Trataba meramente de presentarle ciertas dificultades que podrían surgir en el futuro. Estoy convencido de que ustedes han hablado sobre estas cosas y estoy seguro de que saben lo que quieren. Respeto su juicio y...».

Y quedó arreglado. Se dijeron algunas palabras más y la señora Bostwick se preguntó en voz alta dónde podría haber estado metida Edith todo el tiempo. Gritó su nombre con su voz alta y aguda y unos instantes después Edith entró en la sala donde todos la aguardaban. No miró a Stoner.

Horace Bostwick le dijo que él y su «muchacho» habían tenido una charla muy agradable y que tenían su bendición. Edith asintió.

«Bueno», dijo su madre, «debemos hacer planes. Una boda primaveral. Junio, tal vez».

«No», dijo Edith.

«¿Qué, cariño?», dijo su madre amablemente.

«Si se ha de hacer», dijo Edith, «quiero que se haga rápido».

«La impaciencia de la juventud», dijo el señor Bostwick y se aclaró la garganta. «Pero tal vez tu madre tenga razón, cariño. Hay planes que hacer, se requiere tiempo».

«No», dijo Edith otra vez y había tal firmeza en su voz que consiguió que todos la miraran. «Debe ser pronto».

Se hizo un silencio. Luego su padre dijo con una voz sorprendentemente templada: «Muy bien, cariño. Como digas. Ustedes, jóvenes, hagan sus planes».

Edith asintió, murmuró algo sobre una tarea pendiente, y se escabulló de la habitación. Stoner no la volvió a ver hasta la hora de la cena, que estuvo presidida en regio silencio por Horace Bostwick. Después de la cena Edith tocó el piano para ellos, pero lo hizo con rigidez y desgana, cometiendo muchos errores. Anunció que se encontraba mal y se fue a su habitación.

En el cuarto de invitados aquella noche, William Stoner no podía dormir. Clavaba la vista en la oscuridad y se preguntaba por la inquietud que había sobrevenido a su vida y por primera vez se cuestionó la cordura de lo que iba a hacer. Pensaba en Edith y sentía cierta confianza. Supuso que todos los hombres pasaban por esa incertidumbre que le había embargado de repente y que tenían las mismas dudas.

Tenía que coger un tren para Columbia temprano a la mañana siguiente así que tuvo poco tiempo después del desayuno. Quería tomar un carruaje hasta la estación, pero la señora Bostwick insistió en que uno de los criados le llevaría en el coche de caballos. Edith le iba a escribir en unos días contándole los planes de boda. Dio las gracias a los Bostwick y se despidió de ellos, le acompañaron con Edith hasta la puerta. Casi había llegado a la verja exterior cuando escucharon pasos corriendo tras él. Se giró. Era Edith. Se plantó firme y alta junto a él, su cara estaba pálida y le miraba de frente.

«Intentaré ser una buena esposa para ti, William», dijo. «Lo intentaré».

Cayó en la cuenta de que era la primera vez que alguien había pronunciado su nombre desde su llegada.

4

POR motivos que no explicaba, Edith no se quería casar en San Luis, así que la boda tuvo lugar en Columbia, en los salones de Emma Darley, donde habían pasado sus primeras horas juntos. Fue en la primera semana de febrero, justo cuando terminaron las clases en las vacaciones de fin de semestre. Los Bostwick tomaron el tren desde San Luis y los padres de William, que no habían conocido a Edith, se acercaron desde la granja, llegando el sábado por la tarde, el día de antes de la boda.

Stoner quería alojarlos en un hotel, pero ellos preferían quedarse con los Foote, a pesar de que los Foote se habían distanciado y se mostraban fríos desde que William dejara su empleo.

«No sabría qué hacer en un hotel», decía su padre con seriedad. «Y los Foote nos pueden acoger por una noche».

Aquella tarde William alquiló una calesa y condujo a sus padres a la ciudad, a la casa de Emma Darley, para que pudieran conocer a Edith.

En la puerta les recibió la señora Darley, quien echó un vistazo fugaz y abochornado a los padres de William y les pidió que entraran en la sala. Su madre y su padre se sentaron cautelosamente, como si tuvieran miedo de moverse con sus rígidas ropas nuevas.

«No sé en qué puede estar entretenida Edith», murmuró la señora Darley al cabo de un tiempo. «Si me perdonan». Salió de la sala para buscar a su sobrina.

Tras un rato largo Edith bajó; entró en la sala lentamente, con renuencia, como si le diese miedo.

Se levantaron de sus asientos y durante unos momentos los cuatro permanecieron embarazosamente en pie, sin saber qué decir. Entonces Edith se acercó en actitud ceremoniosa y le dio la mano primero a la madre de William y luego al padre.

«Qué tal», dijo su padre con formalidad y le soltó la mano, como si temiese romperla.

Edith le miró, intentó sonreír y retrocedió. «Siéntense», invitó. «Por favor siéntense».

Se sentaron. William dijo algo. Su voz le sonaba forzada.

En silencio, con tranquilidad y admiración, como si estuviera expresando sus pensamientos en voz alta, su madre dijo: «Hijo, qué guapa es, ¿verdad?».

William sonrió ligeramente y dijo en tono afable: «Sí, madre, lo es».

Luego pudieron charlar con mayor facilidad, si bien se lanzaban miradas los unos a los otros y desviaban la vista hacia el fondo de la sala. Edith murmuró que estaba encantada de conocerles, que sentía que no se hubieran conocido antes.

«Y cuando nos establezcamos...». Hizo una pausa y William se preguntó si iba a continuar. «Cuando nos establezcamos deben venir a visitarnos».

«Gracias, muy amable», dijo su madre.

La conversación continuó, pero se interrumpía con prolongados silencios. Los nervios de Edith iban en aumento, se volvía más tensa, y una o dos veces no respondió a la pregunta que alguien le hizo. William se puso en pie y su madre, echando una mirada nerviosa a su alrededor, se levantó también. Pero su padre no se movió. Miraba directamente a Edith manteniendo la vista fija sobre ella.

Finalmente dijo: «William ha sido siempre un buen chico. Me alegra que se haya procurado una buena mujer. Un hombre necesita de una mujer que le atienda y le consuele. Sea usted buena con William. Necesita de alguien que sea bueno con él».

La cabeza de Edith retrocedió como en respuesta refleja a un impacto, sus ojos se dilataron y por un momento William pensó que estaba enfadada.

Pero no lo estaba. Su padre y Edith se miraron durante un largo rato sin que sus ojos se amilanasen.

«Lo intentaré, señor Stoner», dijo Edith. «Lo intentaré».

Entonces su padre se puso en pie, se inclinó con torpeza y dijo: «Se hace tarde. Será mejor que nos marchemos». Y caminó junto a su esposa, informe, oscura y pequeña a su lado, dejando a Edith y a su hijo juntos.

Edith no le habló. Pero cuando regresó para desearle buenas noches William observó unas lágrimas flotando sobre sus ojos. Se inclinó a besarla y sintió la fragilidad de sus débiles dedos sobre sus brazos.

Los fríos rayos de sol invernal de la tarde de febrero penetraban por las ventanas delanteras de la casa de los Darley y se estrellaban contra las figuras que se movían por la gran sala. Sus padres estaban de pie significativamente solos en la esquina de la habitación; los Bostwick, que habían llegado una hora antes en el tren de la mañana, se encontraban junto a ellos, sin mirarlos; Gordon Finch deambulaba con gravidez y ansiedad, como si estuviera a cargo de algo. Había alguna gente, amigos de Edith o de sus padres, a quienes no conocía. Se escuchaba a sí mismo hablando con la gente de su alrededor, sentía una sonrisa en sus labios y escuchaba voces que le llegaban como sofocadas por capas de fina tela.

Gordon Finch estaba a su lado, con la cara sudada y brillante sobre su traje oscuro. Sonreía nerviosamente. «¿Estás ya listo, Bill?».

Stoner sintió su cabeza asentir.

Finch dijo: «¿Tiene el condenado alguna última petición?».

Stoner sonrió y negó con la cabeza.

Finch le palmeó en el hombro. «Tú sólo quédate conmigo, haz lo que te diga, todo está bajo control. Edith bajará en unos momentos».

Stoner se preguntaba si recordaría esto cuando hubiese terminado, todo parecía borroso, como visto a través de una neblina. Se escuchó preguntar a Finch. «El cura... no le he visto. ¿Está aquí?».

Finch rió y moviendo la cabeza dijo algo. Luego un murmullo se extendió por la sala. Edith estaba bajando las escaleras.

Con su vestido blanco era como una fría luz descendiendo sobre la habitación. Stoner empezó a caminar involuntariamente hacia ella y sintió

la mano de Finch sobre su brazo, reteniéndole. Edith estaba pálida, pero le dedicó una sonrisa. Al poco estaba junto a él y caminaban juntos. Un extraño con alzacuellos se plantó ante ellos. Era bajo, gordo y tenía un rostro impreciso. Mascullaba algo y miraba hacia un libro blanco que tenía en las manos. William se escuchó respondiendo en los silencios. Notaba a Edith temblar a su lado.

A continuación se produjo un gran silencio, otro murmullo y el sonido de una carcajada. Alguien dijo: «¡Besa a la novia!». Se sintió turbado; Finch le sonreía. Él sonreía hacia Edith, cuyo rostro oscilaba ante él, y la besó. Los labios de ella estaban tan secos como los suyos.

Sentía que le estrechaban la mano; la gente le daba palmadas en la espalda y reía, la sala bullía. Más gente entró por la puerta. Una gran fuente de vidrio tallado con ponche apareció inadvertidamente sobre la gran mesa al fondo de la sala. Había un pastel. Alguien unió sus manos y las de Edith, había un cuchillo, comprendió que se suponía que tenía que guiarle la mano para que ella cortase el pastel.

Después le separaron de Edith y la perdió de vista entre la muchedumbre. Hablaba y reía, asintiendo y mirando alrededor de la sala para ver si podía localizar a Edith. Vio a su madre y a su padre de pie en la esquina de la sala de la que no se habían movido. Su madre sonreía y su padre tenía la mano apoyada con torpeza sobre el hombro de ella. Empezó a acercarse a ellos pero no lograba separarse de quienquiera que hablaba con él.

Entonces vio a Edith. Estaba con su padre, su madre y su tía. Su padre, con el ceño ligeramente fruncido, inspeccionaba la sala como impaciente y su madre sollozaba, tenía los ojos rojos, resoplaba entre sus gordas mejillas y la boca se le arrugaba hacia abajo como la de una niña. La señora Darley y Edith la abrazaban, la señora Darley hablaba con ella, solícita, como intentando explicarle algo. Pero incluso desde el otro lado de la sala William se daba cuenta de que Edith callaba, su rostro era como una máscara, blanco e inexpresivo. Tras unos instantes sacaron a la señora Bostwick de la sala y William no volvió a ver a Edith de nuevo hasta que la recepción hubo concluido, hasta que Gordon Finch le susurró algo al oído, le acompañó hasta una puerta lateral que se abría hacia un pequeño jardín y

le empujó afuera. Edith esperaba allá, arrebujada contra el frío, con el cuello del vestido levantado sobre el rostro de forma que él no podía verla. Gordon Finch se reía y decía palabras que William no podía entender, les arrastró por el camino hasta la calle donde una calesa cubierta les esperaba para llevarles a la estación. No fue hasta que estuvieron en el tren, que les llevaba a San Luis para su semana de luna de miel, que William Stoner se percató de que todo había concluido y de que tenía esposa.

Ambos llegaron al matrimonio inocentes, pero inocentes de manera radicalmente distinta. Los dos eran vírgenes y conscientes de su inexperiencia pero mientras William, criado en una granja, aceptaba con naturalidad los procesos instintivos de la vida, éstos eran profundamente misteriosos e inexplicables para Edith. No sabía nada de ellos. Y algo en su interior no deseaba conocerlos.

Y así, como la de tantos otros, su luna de miel fue un fracaso, aunque no lo admitieran, y no se dieran cuenta del significado del fracaso hasta mucho tiempo después.

Llegaron a San Luis el domingo por la noche. En el tren, rodeados de extraños que les miraban con curiosidad y gesto de aprobación, Edith había estado animada y casi alegre. Se reían y se tomaban las manos y hablaban de los días por venir. Una vez en la ciudad y para cuando William hubo encontrado un carruaje que les llevara al hotel, la alegría de Edith se había tornado ligeramente histérica.

La medio llevó en brazos, riendo, al cruzar la entrada del Hotel Ambassador, una estructura enorme de piedra marrón tallada. El vestíbulo estaba casi desierto, oscuro y pesado como una caverna. Cuando se metieron dentro Edith se calmó abruptamente, meciéndose vacilante a su lado como si caminaran a través de un suelo inmenso hasta la recepción. Para cuando llegaron a su habitación ella estaba casi físicamente enferma, temblaba como si tuviera fiebre y tenía los labios azules en contraste con su piel blanca como la tiza. William quiso llamar a un médico, pero ella insistió en que sólo estaba cansada, que necesitaba descanso. Hablaron con gravedad sobre las tensiones del día y Edith dio a entender algún escrúpulo que la perturbaba a ratos. Murmuró, pero sin mirarle y sin entonación en la voz, que quería que sus primeras horas juntos fuesen perfectas.

Y William dijo: «Lo son... lo serán. Debes descansar. Nuestro matrimonio empezará mañana».

Y como otros maridos primerizos de quien había oído hablar y a cuya costa él había bromeado alguna vez, pasó la noche de bodas separado de su esposa, con su cuerpo enjuto aovillado y entumecido y sin poder dormir sobre un pequeño sofá, con los ojos abiertos durante toda la noche.

Se levantó temprano. Su suite, encargada y pagada por los padres de Edith como regalo de bodas, estaba en la décima planta, dominando una vista de la ciudad. Llamó suavemente a Edith y a los pocos minutos salió de la habitación, atándose el cinturón de la bata, bostezando somnolienta, sonriendo un poco. William sentía que su amor por ella le apretaba la garganta, la tomó de la mano y se quedaron ante la ventana del salón, mirando hacia abajo. Automóviles, peatones y carruajes se arrastraban por las estrechas calles bajo ellos, les parecía que habían sido llevados lejos del curso de la humanidad y sus actividades. En la distancia, visible más allá de los edificios lineales de piedra y ladrillo rojo, el río Mississippi serpenteaba con sus aguas azul pardo al sol de la mañana; las barcazas y los remolcadores que se desplazaban arriba y abajo por sus firmes márgenes parecían juguetes, a pesar de que sus chimeneas exhalaban grandes cantidades de humo gris hacia el aire invernal. Una sensación de calma le sobrevino. Rodeó a su esposa con el brazo, la sujetó ligeramente y ambos miraron hacia abajo, hacia un mundo que se presentaba lleno de promesas y sosegadas aventuras.

Desayunaron temprano. Edith parecía fresca, completamente recuperada de la indisposición de la noche anterior; estaba casi alegre de nuevo y miraba a William con una intimidad y un calor que él interpretó como de gratitud y amor. No hablaron de la noche pasada. Cada poco Edith miraba su nuevo anillo y se lo ajustaba al dedo.

Se abrigaron frente al frío y anduvieron por las calles de San Luis, que justo estaban empezando a llenarse de gente. Miraron escaparates, hablaron del futuro y pensaron seriamente en cómo lo rellenarían. William empezó a recuperar la confianza y la fluidez que había descubierto durante sus primeros cortejos a la mujer que se había convertido en su esposa, Edith iba

colgada de su brazo y parecía atender a lo que él decía como nunca antes lo había hecho. Tomaron un café a media mañana en una pequeña y cálida cafetería y observaban a la gente que se escabullía del frío. Encontraron un carruaje que les condujo al Museo de Arte. Brazo sobre brazo atravesaron altas salas, atravesaron el rico brillo de la luz reflejada en las pinturas. En la quietud, en la calidez, en el aire de eternidad de las viejas pinturas y estatuas, William Stoner sintió una corriente de afecto hacia la chica alta y delicada que caminaba junto a él y sintió una pasión contenida crecerle dentro, cálida y explícitamente sensual, como los colores que emanaban de las paredes que les rodeaban.

Cuando salieron era ya tarde, el cielo se había nublado y una lluvia fina había comenzado a caer pero William Stoner portaba con él el calor del que había hecho acopio en el museo. Llegaron al hotel poco después de la puesta de sol, Edith entró en la habitación para descansar y William llamó a recepción para encargar una cena ligera y, en una inspiración repentina, bajó al bar y pidió que enfriaran una botella de champán para que se la enviaran en una hora. El camarero asintió con desgana y le dijo que no sería un champán bueno. Para el uno de julio la prohibición sería nacional; ya era ilegal elaborar o destilar licores y no había más de cincuenta botellas de cualquier tipo en las bodegas del hotel. Y le cobraría más de lo que costaba el champán. Stoner sonrió y le dijo que le parecía bien.

Aunque en ocasiones especiales y festivas en casa de sus padres Edith había tomado un poco de vino, nunca antes había probado el champán. Mientras cenaban, en una pequeña mesa dispuesta en el salón, miraba nerviosa la extraña botella en el cubo de hielo. Dos velas blancas en sendos candeleros de metal mate titilaban en la oscuridad. Las velas parpadeaban entre ellos mientras hablaban y la luz atrapaba las curvas de la oscura botella lisa y refulgía sobre el hielo que la rodeaba. Estaban nerviosos y moderadamente alegres.

Él retiró el corcho del champán de manera inexperta, Edith respingó debido al fuerte ruido, la espuma blanca chorreó por el cuello de la botella y le empapó la mano. Se rieron de su torpeza. Bebieron un vaso de aquel líquido y Edith fingió estar achispada. Bebieron otro vaso. William creyó ver que a ella le sobreveníá cierta languidez, la calma inundó su rostro, un

ensimismamiento oscureció sus ojos. Él se levantó y se colocó detrás de ella, le puso las manos sobre los hombros, maravillándose del grosor y el peso de sus dedos sobre la delicadeza de su carne y de sus huesos. Ella se estremeció al ser tocada, le dirigió las manos cuidadosamente hacia los lados de su estrecho cuello y las dejó peinarle el fino cabello pelirrojo. Su cuello estaba rígido, los nervios le vibraban con intensidad. Él puso las manos sobre los brazos de ella y la alzó con cuidado, ella se levantó de la silla y volvió el rostro hacia él. Sus ojos, dilatados y pálidos, casi transparentes a la luz de las velas, le miraban ausentes. Sentía una cercanía distante con ella y piedad por su desamparo; el deseo se le agolpaba en la garganta hasta impedirle hablar. Tiró de ella hacia la habitación, sintiendo una tenaz y efímera resistencia en su cuerpo y, al mismo tiempo, una voluntad que combatía dicha resistencia.

Dejó abierta la puerta de la habitación a oscuras, la vela se agitaba débilmente en la penumbra. Él murmuró algo como para hacerla sentir cómoda y segura, pero su voz se ahogaba y él mismo no oía lo que decía. Puso sus manos sobre el cuerpo de ella y buscó con torpeza los botones que debía abrir. Ella le empujaba vagamente en la oscuridad, con los ojos cerrados y los labios apretados. Le dio la espalda y con un rápido movimiento se quitó el vestido que cayó arrugado a sus pies. Sus brazos y hombros quedaron desnudos, y se estremecía como si tuviera frío. Dijo con voz monocorde: «Ve a la otra habitación. Estaré lista en un minuto». Él le tocó los brazos y le puso los labios sobre los hombros, pero ella no se giró hacia él.

En el salón contempló cómo parpadeaban las velas sobre los restos de la cena, en medio de la cual descansaba la botella de champán, todavía llena hasta más de la mitad. Se sirvió un poco de bebida en un vaso y lo probó. Estaba más caliente y dulce.

Cuando regresó, Edith estaba en la cama con las mantas hasta la barbilla, el rostro boca arriba, los ojos cerrados y el ceño frunciéndole la frente. En silencio, como si estuviera dormida, Stoner se desnudó y se metió en la cama junto a ella. Durante unos momentos permaneció tumbado con su deseo, que se había convertido en algo indefinido, le pertenecía sólo a él. Habló con Edith, como para encontrar consuelo para lo que sentía. Ella no

respondió. Él puso la mano sobre ella y sintió bajo la fina tela de su camisón la carne que tanto tiempo había deseado. Movi6 la mano por su cuerpo, ella no se alter6, su ceño se frunci6 m6s. De nuevo habl6, diciendo su nombre en silencio, despu6s coloc6 su cuerpo sobre el de ella, con toda la delicadeza que le permitía su desmaña. Cuando palp6 la suavidad de sus zonas íntimas, ella gir6 la cabeza bruscamente y levant6 un brazo para cubrirse los ojos. No emiti6 sonido alguno.

A continuaci6n 6l se tumb6 junto a ella y le habl6 con toda la calma de su amor. Sus ojos estaban ya abiertos y le miraban en la sombra, no había expresi6n en su rostro. De repente se despoj6 de las mantas y se fue rauda hacia el cuarto de baño. 6l vio la luz encenderse y escuch6 sus arcadas en6rgicas y ag6nicas. La llam6 y cruz6 la habitaci6n, la puerta del cuarto de baño estaba cerrada con llave. La llam6 de nuevo, ella no respondi6. Volvi6 a la cama y la esper6. Al cabo de un rato de silencio la luz del cuarto de baño se apag6 y la puerta se abri6. Edith sali6 y camin6 deprisa hacia la cama.

«Ha sido por el champán», dijo ella. «No debería haber tomado el segundo vaso».

Se arrop6 con las mantas y le dio la espalda. Al poco, la respiraci6n de su sueño se volvi6 profunda y acompasada.

REGRESARON a Columbia dos días antes de lo planeado, inquietos y tensos por su aislamiento. Fue como si hubiesen entrado juntos en prisión. Edith decía que tenían que regresar a Columbia para que William pudiese preparar sus clases y para comenzar a instalarse en su nuevo apartamento. Stoner estuvo de acuerdo enseguida, y se decía a sí mismo que las cosas mejorarían una vez estuvieran en su propio espacio, entre gente que conocían y en ambientes que les resultaran familiares. Hicieron las maletas aquella tarde y esa misma noche estaban en un tren hacia Columbia.

Durante los días apresurados e imprecisos de antes de su boda Stoner había encontrado un apartamento libre en el segundo piso de un viejo edificio de estilo establo de cinco plantas de la universidad. Era oscuro y sin amueblar, con un pequeño dormitorio, una cocina enana y un salón grande de altas ventanas. Allí había vivido un artista, un profesor de la universidad, que no había sido muy ordenado. Los suelos oscuros de anchos tablones tenían brillantes rastros amarillos, azules y rojos, y las paredes estaban manchadas de pintura y suciedad. Stoner pensaba que el lugar era romántico y cómodo y le pareció un buen sitio para comenzar una nueva vida.

Edith se mudó al apartamento como si se tratase de un enemigo al que había que conquistar. Aunque no estaba acostumbrada al trabajo físico, limó buena parte de la pintura de suelos y paredes, fregando la suciedad que ella imaginaba oculta en todos lados. Le salieron ampollas en las manos y se le fatigó el gesto, apareciendo ojeras oscuras bajo sus ojos. Cuando Stoner

intentaba ayudarla ella se mostraba reacia, se le tensaban los labios y negaba con la cabeza, él necesitaba tiempo para sus estudios, decía; esto era trabajo *suyo*. Cuando imponía su autoridad sobre ella, se ponía casi hosca, pensando que la estaba humillando. Perplejo e impotente, se retiraba y la observaba mientras Edith continuaba fregando, inexorablemente los destellantes suelos y paredes, cosiendo cortinas y colgándolas sobre las altas ventanas; reparando, pintando y repintando el mobiliario usado que habían empezado a reunir. Aunque inepta, trabajaba con una ferocidad silenciosa y contumaz, de manera que cuando William regresaba de la universidad por la tarde ella estaba agotada. Se arrastraba a preparar la cena, comía un poco y después, con un murmullo desvaído, se iba a la habitación a dormir como si estuviera narcotizada hasta la mañana siguiente, cuando William ya había salido a dar sus clases.

Al mes él sabía que su matrimonio era un fracaso, al año dejó de esperar que mejorara. Aprendió a callar y no persistió en su amor. Si hablaba con ella o la tocaba con ternura, ella se apartaba de él retrayéndose y se quedaba muda, hierática, y durante días se sumergía en nuevos límites de agotamiento. Debido a una cabezonería no pactada que ambos compartían, dormían en la misma cama, a veces de noche, dormida, se movía sin darse cuenta hacia él. Y entonces, su determinación y conocimiento se disolvían ante su amor y él se movía hacia ella. Si ella estaba lo suficientemente despierta se tensaba y se ponía rígida, moviendo la cabeza hacia un lado en un gesto familiar y enterrándola en la almohada, soportando la violación. En esas ocasiones Stoner desempeñaba el acto amoroso tan rápido como podía, odiándose por las prisas y arrepentido de su pasión. Con menor frecuencia ella permanecía medio aturdida por el sueño, entonces era pasiva y murmuraba somnolienta, no sabía si protestando o sorprendida. Llegó a ansiar aquellos momentos extraños e impredecibles, ya que en aquella aquiescencia narcótica del sueño cabía engañarse con haber sido correspondido de algún modo.

Y no podía hablar con ella de lo que entendía era su infelicidad. Cuando lo intentaba, ella aceptaba lo que le decía como una reflexión sobre su suficiencia y ella misma, y permanecía tan distante y arisca como cuando le

hacía el amor. Él achacaba su distanciamiento a su falta de tacto y se sentía responsable de lo que ella sentía.

Con una crueldad callada que provenía de su desesperación, experimentaba pequeñas maneras de agradarla. Le traía regalos que ella aceptaba indiferente, a veces haciendo intrascendentes comentarios sobre su precio; la llevaba a pasear y de gira al campo arbolado de los alrededores de Columbia, pero ella se cansaba con facilidad y a veces caía enferma. Él le hablaba de su trabajo, como había hecho durante el cortejo, pero su interés era superficial e indulgente.

Por fin, pese a ser consciente de su timidez, insistió tan amablemente como pudo en que empezasen a invitar a gente a casa. Organizaban reuniones de té a las que invitaban a algunos de los jóvenes profesores y asistentes del departamento y dieron alguna cena. Edith no mostraba en absoluto si esto la complacía o no, pero en sus preparativos para los eventos se volvía tan frenética y obsesiva que para la hora en la que llegaban los invitados estaba medio histérica por la tensión y la fatiga, aunque nadie excepto William llegaba a reparar en ello.

Era buena anfitriona. Hablaba con los invitados con una animación y soltura que le hacían parecer otra ante William, y a él le hablaba delante de todos con una intimidad y cariño que siempre le sorprendía. Le llamaba Willy, lo cual le sonaba raro, y a veces posaba una mano suave sobre su hombro.

Pero cuando los invitados se marchaban, la fachada se venía abajo sola y revelaba su hundimiento. Hablaba con rencor de los invitados idos, imaginando oscuros insultos y desprecios, con regateo y desesperación hacía recuento de los que ella pensaba eran imperdonables fallos suyos, se sentaba quieta, meditando sobre el desorden que dejaban los invitados sin hacer caso a William y respondiéndole con monosílabos, ausente y en un tono de voz plano y monótono.

Sólo en una ocasión la fachada había cedido en presencia de los invitados.

Meses después del matrimonio entre Edith y Stoner, Gordon Finch se había comprometido con una chica a la que había conocido por casualidad cuando estaba destinado en Nueva York y cuyos padres vivían en

Columbia. Finch había obtenido una plaza permanente de segundo del vicedecano, entendiéndose de manera tácita que cuando Josiah Claremont muriera Finch estaría entre los primeros en ser considerado para el cargo de vicedecano de la facultad. Con cierto retraso, y para celebrar tanto el nuevo cargo de Finch como el anuncio de su compromiso, Stoner les invitó a él y a su prometida a cenar.

Llegaron justo antes del ocaso una calurosa tarde de finales de mayo, en un automóvil nuevo, negro y brillante que emitía sucesivas explosiones y que Finch aparcó con maestría sobre el camino enladrillado de enfrente de la casa de Stoner. Tocó la bocina y saludó alegremente hasta que William y Edith bajaron. Una chica pequeña y morena, de rostro redondo y sonriente, estaba sentada a su lado.

La presentó como Caroline Wingate y los cuatro charlaron durante un rato mientras Finch la ayudaba a bajar del coche.

«Bueno, ¿qué os parece?», preguntó Finch, golpeando el guardabarros delantero del automóvil con el puño cerrado. «Una belleza, ¿a que sí? Es del padre de Caroline. Estoy pensando en agenciarme uno justo como éste, para...». Su voz se arrastraba y los ojos se le estrechaban, miraba al auto con curiosidad y frialdad, como si fuera el futuro.

Luego se puso chistoso y animado otra vez. Fingiendo secretismo se puso el dedo índice sobre los labios, miró furtivamente alrededor y tomó una gran bolsa de papel marrón del asiento delantero del automóvil. «Chitón», susurró. «Recién traída. Cúbreme, colega; a ver si podemos llegar hasta la casa».

La cena fue bien. Finch estaba más afable de lo que Stoner le había visto en años. Stoner pensaba en sí mismo con Finch y Dave Masters, juntos en aquellos lejanos viernes por la tarde después de clase, bebiendo cerveza y charlando. La prometida, Caroline, habló poco, sonreía feliz mientras Finch bromeaba y hacía guiños. A Stoner le dio una punzada de envidia comprobar que Finch estaba genuinamente encariñado de aquella guapa morena y que el silencio de ella provenía de su arrebatado afecto hacia él.

Incluso Edith perdió parte de su apatía y tensión, sonreía con facilidad y su risa era espontánea. Finch se mostraba juguetón y familiar con Edith de

una manera, Stoner se percataba, en la que él, su propio marido, nunca podría hacerlo y Edith parecía más feliz de lo que había estado en meses.

Tras la cena Finch sacó la bolsa de papel marrón de la cubitera, donde la había puesto antes a enfriar, y sacó varias botellas de color marrón oscuro. Era cerveza casera que había preparado con gran secreto y ceremonia en el armario de su apartamento de soltero.

«No tengo sitio para la ropa», dijo, «pero un hombre ha de conservar su prioridad de valores».

Con cuidado, con los ojos bizcos, con la luz resplandeciéndole sobre la piel blanca y el cabello rubio claro, como un químico midiendo una sustancia extraña, vertió la cerveza de las botellas en vasos.

«Hay que tener cuidado con estas cosas», dijo. «En el fondo se quedan un montón de sedimentos y si se vierte demasiado rápido se cuelan en el vaso».

Bebieron cada uno un vaso de cerveza, felicitando a Finch por su sabor. Era, de hecho, sorprendentemente buena, seca y ligera, y tenía buen color. Incluso Edith apuró el vaso y se tomó otro.

Se embriagaron un poco, reían aturridos y eufóricos, se veían unos a otros con ojos nuevos.

Alzando su vaso hacia la luz, Stoner dijo: «Me pregunto qué le hubiera parecido a Dave esta cerveza».

«¿Dave?», preguntó Finch.

«Dave Masters. ¿Te acuerdas de cuando tomábamos cerveza?».

«Dave Masters», dijo Finch. «El bueno de Dave. Qué pena más grande».

«Masters», dijo Edith. Sonreía incoherentemente. «¿No era aquel amigo tuyo que murió en la guerra?».

«Sí», dijo Stoner. «Ése». La antigua pena cayó sobre él, pero sonrió a Edith.

«El bueno de Dave», dijo Finch. «Querida Edith; tu marido, Dave y yo solíamos pasarlo muy bien... mucho antes de que te conociera, por supuesto. El bueno de Dave...».

Sonrieron a la memoria de David Masters.

«¿Era buen amigo tuyo?», preguntó Edith.

Stoner asintió. «Era un buen amigo».

«Château-Thierry». Finchapuró el vaso. «La guerra es un infierno». Meneó la cabeza. «Pero el bueno de Dave. Ahora estará seguramente en algún lugar riéndose de todos nosotros. No sentiría pena de sí mismo. Me pregunto si de verdad vio algo de Francia».

«No lo sé», dijo Stoner. «Murió demasiado rápido cuando llegó».

«Sería una pena si no lo hizo. Siempre pensé que era una de las razones principales por las que se alistó. Por ver Europa».

«Europa», remarcó Edith.

«Sí», dijo Finch. «El bueno de Dave no quería muchas cosas, pero deseaba ver Europa antes de morir».

«Yo tendría que haber viajado a Europa en una ocasión», dijo Edith. Sonreía y los ojos le brillaban desamparados. «¿Te acuerdas Willy? Iba a ir con mi tía Emma justo antes de casarnos. ¿Te acuerdas?».

«Me acuerdo», dijo Stoner.

Edith se reía desafinadamente y movía la cabeza como desconcertada. «Parece como si hiciera mucho tiempo, pero no. ¿Fue hace cuánto, Willy?».

«Edith» dijo Stoner.

«Veamos, íbamos a ir en abril. Y pasó un año. Y ahora estamos en mayo. Sería...». De repente se le llenaron los ojos de lágrimas, a pesar de que continuaba sonriendo con un brillo petrificado. «Ya nunca iré allí, supongo. Tía Emma morirá pronto y yo nunca tendré ocasión de...».

Entonces, con la sonrisa todavía estirándole los labios y con los ojos manando lágrimas, empezó a sollozar. Stoner y Finch se levantaron de la silla.

«Edith», decía Stoner desesperado.

«¡Oh, déjame en paz!». Con movimiento brusco e insólito se puso en pie delante de ellos, cerró los ojos con fuerza y apretó los puños. «¡Todos! ¡Dejadme en paz!», se dio media vuelta y se precipitó al dormitorio, dando un portazo al entrar.

Durante un rato nadie habló. Escuchaban el sonido apagado del llanto de Edith. Luego Stoner dijo: «Perdonadla. Ha estado cansada y no del todo bien. La tensión...».

«Cosas de mujeres. Supongo que me acostumbraré a esto pronto». Miró a Caroline, se rió otra vez, y elevó la voz. «Bueno, ya no molestaremos a Edith más. Dale las gracias de nuestra parte, dile que la comida ha sido espléndida y que vosotros, amigos, tenéis que venir a visitarnos cuando nos instalemos».

«Gracias, Gordon», dijo Stoner. «Se lo diré».

«Y no te *preocupes*», dijo Finch. Dio un puñetazo a Stoner en el hombro. «Estas cosas pasan».

Una vez que Gordon y Caroline se fueron, después de que volviese a escucharse en la noche el rugido y el petardeo del nuevo automóvil gris, William Stoner se quedó plantado en medio del salón escuchando el llanto seco y acompasado de Edith. Era un sonido extrañamente átono y sin emoción, y parecía que no iba a terminar nunca. Quería consolarla, quería calmarla pero no sabía qué decir. Así que se quedó escuchando y después de un rato se dio cuenta de que nunca antes había oído llorar a Edith.

Después de la fiesta desastrosa con Gordon Finch y Caroline Wingate, Edith casi parecía satisfecha, más calmada de lo que había estado en ningún momento de su matrimonio. Pero no quería traer invitados y se mostraba reacia a salir del apartamento. Stoner hacía la mayoría de las compras con listas que Edith hacía para él con curiosa laboriosidad y escritura infantil en hojitas azules de cuaderno. Parecía más feliz cuando estaba sola; se sentaba durante horas a tejer o a bordar manteles y servilletas, con una sonrisa diminuta dibujada en sus labios. Su tía Emma Darley comenzó a visitarla con mayor frecuencia. Cuando William llegaba de la universidad por las tardes, a menudo se las encontraba a las dos juntas, tomando té y conversando en un tono tan bajo que parecían susurros. Siempre le saludaban educadamente, pero William sabía que le miraban con pesar. La señora Darley apenas se quedaba unos minutos más después de que él llegara. Aprendió a mantener una consideración respetuosa y delicada hacia el mundo en el que Edith había comenzado a vivir.

En verano de 1920 pasó una semana con sus padres mientras Edith visitaba a sus familiares en San Luis. No había visto a sus padres desde su boda.

Trabajó en los campos uno o dos días, ayudando a su padre y al negro que habían contratado pero sentir los terrones calientes y húmedos bajo sus pies y oler la tierra removida en sus uñas no le evocaba ningún sentimiento de regreso o familiaridad.

Volvió a Columbia y pasó el resto del verano preparándose para una nueva asignatura que iba a impartir el curso siguiente. Pasaba la mayor parte del día en la biblioteca, a veces volviendo con Edith al apartamento a última hora de la tarde, atravesando el pesado aire dulzón cargado de miel que flotaba en el aire y entre las delicadas hojas de los cornejos que se mecían y giraban como fantasmas en la oscuridad. Los ojos le ardían por concentrarlos sobre textos turbios, le pesaba la mente con lo que observaba y los dedos le hormigueaban adormecidos conservando la sensación del cuero viejo de las cubiertas y del papel, pero se abría al mundo por el que en ese instante caminaba, encontrando algo de júbilo en él.

Aparecieron algunas caras nuevas en las reuniones de departamento y Archer Sloane continuaba con el lento declinar que Stoner había empezado a notar antes de la guerra. Le temblaban las manos y no era capaz de mantener atención sobre lo que decía. El departamento continuaba al paso que había llevado por tradición y por el mero hecho de existir.

Stoner se puso a dar clase con una intensidad y ferocidad que sobrecogía a algunos de los miembros más recientes del departamento y que causaba algo de preocupación entre los colegas que le habían conocido durante más tiempo. Se le demacró la cara, perdió peso y se le encorvó más la espalda. En el segundo semestre tuvo oportunidad de ampliar su número de clases a cambio de un incremento en el sueldo y, aceptó también dar clases en la escuela de verano aquel curso. Tenía la vaga idea de ahorrar dinero para ir al extranjero y así poder enseñar a Edith la Europa a la que ella había renunciado por él.

En el verano de 1921, buscando referencias de un poema latino que había olvidado, echó un vistazo a su tesis por primera vez desde que la entregase para ser evaluada hacía tres años; la leyó por encima y la juzgó correcta. Algo abrumado por su presunción, consideró reescribirla y darle forma de libro. Aunque tenía que dar clases a tiempo completo otra vez durante el verano, releyó la mayoría de los textos que había utilizado y

empezó a ampliar sus investigaciones. A últimos de enero decidió que sería posible publicarla y a principios de primavera estaba plenamente convencido de ser capaz de escribir las primeras páginas de prueba.

Fue en la primavera de aquel mismo año, con calma y casi con indiferencia, cuando Edith le dijo que había decidido que quería un hijo.

La decisión llegó de repente y sin origen aparente, así que cuando hizo el anuncio una mañana durante el desayuno sólo unos minutos antes de que William tuviera que marcharse a dar su primera clase, habló sin sorpresa, como si hubiese hecho un descubrimiento.

«¿Qué?», dijo William. «¿Qué dijiste?».

«Quiero un bebé», dijo Edith. «Creo que quiero tener un bebé».

Ella mordisqueaba una tostada. Se limpió los labios con la esquina de una servilleta y sonrió con determinación.

«¿No crees que deberíamos tener uno?», preguntó. «Llevamos casados casi tres años».

«Por supuesto», dijo William. Depositó la taza en el platillo con gran cuidado. No la miró. «¿Estás segura? Nunca habíamos hablado sobre esto. No quisiera que tú...».

«Oh, sí», dijo. «Estoy muy segura. Creo que debemos tener un hijo».

William miró su reloj. «Llego tarde. Me gustaría que tuviéramos más tiempo para hablar. Quiero que estés segura».

Ella frunció un poco el ceño. «Te he dicho que estoy segura. ¿No quieres tú uno? ¿Por qué me lo sigues preguntando? No quiero hablar más de ello».

«Muy bien», dijo William. Se quedó sentado mirándola durante un momento. «Me tengo que ir». Pero no se movió. Luego puso la mano torpemente sobre sus largos dedos apoyados sobre el mantel y la mantuvo hasta que ella retiró la mano. Él se levantó de la mesa y la bordeó, casi con timidez, para recoger sus libros y papeles. Como siempre hacía, Edith fue al salón a esperar que se marchara. Él la besó en la mejilla —algo que no había hecho desde hacía mucho tiempo.

En la puerta él se giró y dijo: «Estoy... estoy encantado con que quieras un bebé, Edith. Sé que en ciertos aspectos nuestro matrimonio ha sido

decepcionante para ti. Espero que esto tenga un efecto positivo para nosotros».

«Sí», dijo Edith. «Llegarás tarde a clase. Lo mejor es que te des prisa».

Cuando se hubo marchado, Edith permaneció durante unos minutos en medio de la habitación, mirando la puerta cerrada, como si intentase recordar algo. Luego anduvo moviéndose inquieta por el piso, caminando de un sitio a otro, revolviéndose dentro de la ropa como si no resistiera sus pliegues y sus roces sobre las carnes. Se desabrochó el tieso tafetán gris de su bata mañanera y lo dejó caer al suelo. Cruzó los brazos sobre el pecho y se abrazó a sí misma, amasándose la carne de la parte superior de los brazos a través de la delgada tela de franela de su camisón. Hizo una nueva pausa en su recorrido y deambuló sin propósito por la pequeña habitación, abriendo la puerta de un armario cerrado, dentro del cual colgaba un espejo de cuerpo entero. Enfocó el espejo hacia la luz y se echó hacia atrás, inspeccionando la delgada y alargada figura con el sencillo camisón azul. Sin apartar los ojos del espejo se desabrochó la parte superior del camisón y tiró de él sacándoselo por la cabeza. Quedó desnuda bajo la luz de la mañana. Hizo una bola con el camisón y lo arrojó al armario. Luego se giró frente al espejo, inspeccionándose el cuerpo como si perteneciera a otra persona. Se pasaba las manos por sus pequeños pechos caídos y las dejaba resbalar a lo largo de sus anchas caderas y sobre su vientre plano.

Se retiró del espejo y se fue hacia la cama, aún deshecha. Retiró las ropas de cama, las dobló con cuidado, y las puso en el armario. Alisó la sábana bajera y se tumbó boca arriba, con las piernas estiradas y los brazos a los lados. Sin pestañear y sin moverse miraba al techo, esperando durante toda la mañana y la larga tarde.

Cuando William Stoner llegó a casa aquella tarde casi había oscurecido, aunque de las ventanas del segundo piso no salía ninguna luz. Con una aprensión incierta, subió las escaleras y encendió la luz del salón. La habitación estaba vacía. Llamó: «¿Edith?».

No hubo respuesta. Llamó otra vez.

Miró en la cocina; los cacharros del desayuno estaban todavía sobre la diminuta mesa. Cruzó raudo el salón y abrió la puerta del dormitorio.

Edith yacía desnuda sobre la cama destapada. Cuando la puerta se abrió y la luz del salón cayó sobre ella, giró su vista hacia él pero no se levantó. Sus ojos se ensancharon y se abrieron, y su boca abierta emitió unos sonidos apagados.

«¡Edith!», dijo y se acercó hacia donde estaba tumbada, arrodillándose junto a ella. «¿Estás bien? ¿Qué te sucede?».

Ella no respondió, pero los sonidos que había estado haciendo se hicieron más fuertes y su cuerpo se movió hacia él. De repente sus manos se le echaron encima como garras y casi sobresaltándole, pero se dirigían hacia su ropa, agarrándola y desgarrándola, atrayéndole hacia la cama, junto a ella. Su boca se abalanzó sobre él, abierta y caliente, sus manos recorrían su cuerpo, tirando de su ropa, buscándole, y durante todo el tiempo sus ojos estaban completamente abiertos y despreocupados, como si perteneciesen a otra persona y no viesen nada.

Era una nueva faceta que estaba conociendo en Edith, ese deseo que era como un hambre intensa que parecía no tener nada que ver con ella misma y que, tan pronto estaba saciada, comenzaba nuevamente a crecer dentro de ella, por lo que ambos vivían en la tensa espera de su presencia.

Aunque los siguientes dos meses fueron la época de mayor pasión que William y Edith Stoner tuvieron nunca, su relación en realidad no cambió. Muy pronto Stoner se dio cuenta de que la fuerza que atraía sus cuerpos tenía poco que ver con el amor. Copulaban con una fiereza que, independientemente de su resolución, los separaba, y copulaban de nuevo, sin energía para saciar esa necesidad.

A veces durante el día, mientras William estaba en la universidad, la urgencia poseía tan fuertemente a Edith que no podía estarse quieta. Salía del apartamento y caminaba rápida por las calles, yendo a la deriva de un lugar a otro. Y luego regresaba, corría las cortinas de la habitación, se desnudaba, y esperaba, agazapada en la semioscuridad, a que William regresara a casa. Y cuando éste abría la puerta se abalanzaba sobre él, con manos salvajes y exigentes, como si tuvieran vida propia, atrayéndole al dormitorio, sobre la cama que continuaba enmarañada por el uso de la noche o la mañana anterior.

Edith se quedó embarazada en junio e inmediatamente cayó en una enfermedad de la que no se repuso completamente durante todo el tiempo de espera. Casi al momento de quedarse embarazada, incluso antes de confirmarse el hecho por el calendario y por su médico, cesó el apetito por William que la había enardecido durante la mayor parte de esos dos meses. Le dejó claro a su marido que no toleraría que le pusiera la mano encima y empezó a parecerle que incluso su mirada era una especie de violación. El ansia de su pasión se convirtió en un recuerdo y finalmente Stoner acabó viéndolo como si hubiese sido un sueño que nada tenía que ver con ellos.

Así, la cama que había sido escenario de su pasión se convirtió en sostén de su enfermedad. Se quedaba en ella la mayor parte del tiempo, levantándose sólo para liberar sus náuseas por la mañana y caminar inestablemente por el salón durante algunos minutos por la tarde. Por las tardes y las noches, tras apresurarse en su trabajo en la universidad, William limpiaba las habitaciones, lavaba los platos y preparaba la cena, le llevaba la comida a Edith en una bandeja. Aunque ella no quería comer con él, parecía disfrutar compartiendo con él una taza de té poco cargado después de cenar. Entonces, durante algunos momentos por la tarde, hablaban con tranquilidad y desinhibición, como viejos amigos o enemigos agotados. Edith caía dormida al poco y William volvía a la cocina, terminaba las labores del hogar y luego disponía una mesa delante del sofá del salón en la que corregía ejercicios o preparaba lecciones. Luego, pasada la medianoche, se cubría con una manta que tenía pulcramente doblada detrás del sofá y con toda la extensión de su cuerpo enrollada en ese sofá, dormía a ratos hasta la mañana.

El bebé, una niña, nació tras tres días de parto en marzo, en 1923. La llamaron Grace por una tía de Edith que había muerto hacía muchos años.

Desde que nació Grace fue una niña preciosa, de rasgos marcados y una ligera pelusa de cabello dorado. A los pocos días los primeros enrojecimientos de su piel se tornaron en un rosa dorado y radiante. Casi nunca lloraba y parecía consciente de lo que la rodeaba. William se enamoró al instante de ella, el afecto que no podía demostrar hacia Edith lo

podía demostrar hacia su hija y hallaba un placer cuidando de ella que no había imaginado.

Durante casi un año tras el nacimiento de Grace, Edith permaneció en parte atada a la cama. Se temió que se pudiera quedar inválida, a pesar de que el médico no pudo encontrar ningún mal específico. William contrató a una mujer para que viniera por las mañanas a cuidar de Edith y dispuso sus clases para volver a casa a primera hora de la tarde.

Así, durante más de un año, William se ocupó de la casa y cuidó de dos personas desvalidas. Se levantaba antes del amanecer, corregía ejercicios y preparaba clases; antes de ir a la universidad daba de comer a Grace, preparaba el desayuno para Edith y para él y se procuraba algo para comer que se llevaba a clase en un maletín. Después de clase regresaba al apartamento, barría, quitaba el polvo y limpiaba.

Y era casi más una madre que un padre para su hija. Le cambiaba los pañales y los lavaba, elegía su ropa y la zurcía cuando estaba rota, le daba de comer, la bañaba y la acunaba en sus brazos cuando se agitaba. De vez en cuando Edith pedía quejosamente a su bebé, William se lo acercaba y Edith, quieta en la cama, la sostenía durante algunos momentos, en silencio e incómoda, como si el bebé perteneciera a una persona extraña. Luego se cansaba y con un suspiro entregaba el bebé a William. En respuesta a alguna emoción oscura, lloraba un poco, se tocaba los ojos y se apartaba de él.

De esta manera durante el primer año de su vida, Grace Stoner sólo conoció el contacto de su padre, y su voz, y su amor.